CAMOENS

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO ACTOS

POR

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1868

6

SEÑOR D. FRANCISCO SELLEN,

HABANA.

Querido amigo: Cuando vió la luz pública tu bello *Libro íntimo*, te prometí espontáneamente dedicarte algun trabajo literario como expresion de las gratas impresiones que aquel libro, conjunto de sentidas bellezas, me habia producido.

Circunstancias superiores á mi voluntad me impidieron formular entónces lo que sentia, temeroso quizás de tratar en forma de crítica lo que deseando sólo elogiar hubiera aparecido como apasionada loa ante los ojos indiferentes.

Tampoco queria tocar con el yerto análisis lo que me parecia tan delicado; tarea tan odiosa, á mi ver, tratándose de aquel bello ramillete de poesías, como la del que se holgase en disecar una rosa por puro capricho. En efecto, ¿qué habria sido de aquellas hojas, remedo del alba, y de aquel perfume, incienso místico de un corazon apasionado en aras de lo bello? — No escribí, pues, pero tenía una deuda que cumplir para contigo.

Pensé luego en Camoens, cuya vida amorosa y desventurada me estaba convidando al estudio bajo el punto de vista de los sentimientos que inspiraba á mi corazon. No sabía, como no sé, que se haya llevado al Teatro aquella interesante figura. Soñé con verla en la escena animada por mi voluntad, ya que no por mi modesto númen, y pensé en realizarlo.

Al comunicarte mi propósito y la forma en que pensaba ejecutarle, fueron ambas cosas de tu agrado, y entónces te ofrecí la dedicatoria de mi humilde produccion, alentado con la idea de pagarte mi deuda. Bien sé que la paga es corta, y que nada tiene que ver en apariencia el trabajo que te habia ofrecido sobre tu bello *Libro íntimo* con un drama, obra exclusiva de mis pobres fuerzas, por más que aquel trabajo, como

hijo de igual exigüidad, no habria podido valer más en este concepto; pero aquel trabajo que no se hizo, y la dedicatoria que ahora escribo, tendrian siempre un punto de contacto: su objeto, el de tributarte una muestra del afecto y estimacion que me inspiró tu libro.

No recuerdo ahora en qué sentido teológico resuelve Beatriz la cuestion que Dante la propone acerca de las promesas no cumplidas en tiempo, y si en este caso pueden ser cumplidas sustituyendo otras obras en lugar de las ofrecidas, y qué grado de importancia deben contar aquellas para valer lo que se prometió; pero de todos modos te doy lo que puedo, y si lo aceptas satisfecho, eso más tendré que elogiarte; y disculpa tendrá mi atrevimiento diciendo á cuantos me oigan, que escribí este drama por pagar, aunque tarde, una promesa de amistad, y consignar un recuerdo al libro que me fué tan simpático y tan merecedor me pareciera.

Estudiando al héroe de mi obra, he creido hallar los dos principales resortes de su carácter. Su amor á Catalina, su Laura cantada y llorada como la de Novés, y su amor á una patria que hoy, como á Cervantes la suya, paga con estátuas, como por remordimiento, una miseria que no supo impedir y una gloria que no quiso agradecer en vida á los autores que se la creaban. ¡Legado de gloria y de infortunio que aflige y engrandece!

En Camoens, el amor de gloria tuvo por móvil y objeto aquellos dos amores. El primero de estos, Catalina, le inspiró sus melancólicas endechas y dulcísimos sonetos; el segundo, Portugal, su poema imperecedero. — Fué el Petrarca y el Homero portugués á un mismo tiempo.

No faltará quien con apariencias de razon, pero apariencias que habrán de desvanecerse á poco que se estudie la juventud del Bardo Lusitano, halle poco singularizada la figura ó carácter del mismo en los dos primeros actos del drama. Sus mocedades fueron las del poeta de una córte, celebrado por la belleza de sus cántigas amorosas y apasionados idilios, aunque reflejando ya aquel tinte melancólico tan natural en quien parecia leer desde la primavera de sus dias, las amarguras y tristes mudanzas de su existencia en lo futuro. Soldado valeroso y entusiasta, carácter arrogante y caballeresco; es decir, fisonomía moral que se destaca poco de los caballeros trovadores de su tiempo, empapado aún en la Edad Media, y soñando romance y Edad Media. La peculiaridad de su carácter vino despues con sus dolores, su soledad y sus desgracias inmerecidas, que desarrollaron su grandeza moral y tal vez su génio.

El tercer acto gira sobre su sombra. Quien no haya amado elevada y dignamente, comprenderá acaso con dificultad la abnegacion del personaje que figura como rival del protagonista en el amor á Catalina; pero aquel tipo tambien caballeresco, he creido que debia presentarle, para no desentonar el idealismo apasionado de la situacion, como no indigno rival del protagonista.

En el cuarto acto he podido pintar, en lo dable á mis fuerzas, el Camoens ya engrandecido por la desgracia, el cantor de la patria á que

consagra los votos, los ayes y tambien el sarcasmo, propios del sér á quien dejó solitario la pérdida de la prenda amada y herido de muerte el desengaño.

Ojalá que al representarse este drama (si más feliz que hasta hoy logra encontrar otra temporada de ménos decaimiento escénico que la que acaba de pasar), algunos espectadores sensibles hallen verdadera la apreciacion de los entendidos escritores que presenciaron alguna de sus varias lecturas: «que era una obra escrita con el corazon.» Esta calificacion me basta y satisface.

Un recuerdo á nuestras amistosas pláticas y tareas periodísticas, de parte de quien no te ha olvidado y es tu amigo

Alejandro.

Madrid y Mayo de 1868.

FIGURAS DEL DRAMA.

LUIS CAMOENS.
CATALINA ATAIDE, hija de
EL CONDE DE ATAIDE.
EL MARQUÉS DE SOUZA.
CABRAL, amigo y confidente de Camoens.
INÉS, camarera de Catalina.
UN SUMILLER DE PALACIO.
UN PAJE DEL REY.
UN CAPITAN DE GUARDIAS.
UNA DAMA DE LA CORTE.
UN CRIADO.
UN ENFERMERO.
DAMAS, CABALLEROS Y GUARDIAS.
Los más de aquellos de máscara en el primer acto.
Un coro interior de monjas en el tercero.

La escena en Lisboa: siglo XVI.

ACTO PRIMERO.

Salon en el Palacio Real de Lisboa.—Baile de máscaras en otros salones del interior, hácia la izquierda del actor.—La entrada del exterior de Palacio se supone á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

SUMILLER, CAPITAN y PAJE.

Varios máscaras paseándose por el fondo.

PAJE. ¡A fé que está el baile hermoso!
¡Placentero carnaval!
No se ha visto en Portugal
tan alegre y bullicioso.
CAPITAN. Sin duda influye palacio
con su ejemplo; que es de ley
el danzar, si danza el rey.
SUMILLER. Justo es.
PAJE. ¿Y quién reacio
cortesano de buen porte,
si todo un rey se divierte
dando bailes de esta suerte,
no acude á hacerle la corte?
CAPITAN. El de esta noche es lucido.
SUMILLER. Está la flor de Lisboa.
PAJE. Mereceis eterna loa
por haberle dirigido.
SUMILLER. Confiólo á mi cuidado
de nuestro rey la bondad.
CAPITAN. Pues la fiesta, en realidad,
parece un sueño encantado.

PAJE. Es un mágico portento
el ver tanta dama hermosa,
tanto galan mariposa.
CAPITAN. El rey estará contento.
SUMILLER. No lo dudo.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, CABRAL.

CAPITAN. ¡Hola, Cabral!
PAJE. ¿Qué nuevas nos regalais?
SUMILLER. Tarde esta noche llegais.
CABRAL. De regreso en Portugal
se encuentra un amigo mio
que en África batallaba.....
CAPITAN. ¿Tambien allí no se hallaba,
pruebas dando de su brio,
Luis Camoens?
PAJE. ¿El poeta?
Sin duda en pos de emociones
fué á alcanzar nuevos blasones:
alma ardorosa é inquieta.
CABRAL. Así es.
PAJE. De amor perdido
por cierta dama harto hermosa
de la corte, dolorosa
tal ausencia le habra sido.
CABRAL. ¿Conoceis á Catalina?
PAJE. ¿Dama que ha sido su musa?
CABRAL. La dama que no rehusa
su adoracion.
PAJE. Es divina
como hermosa.
CABRAL. Y cual discreta.....
SUMILLER. Empero su padre el conde,
el de Ataide, no responde
favorable al buen poeta.
PAJE. Por Dios, que mucho lo siento,
pues me placen sus canciones
que esclavizan corazones;
ingenioso es su talento.
Que le idolatre su dama,
me lo explico. ¿Qué belleza
se alabó con más terneza

ni se amó como él la ama?

CABRAL. Razon teneis, ¡oh! buen paje,
que no hay ingenio mayor
en la corte.

CAPITAN. Y más loor
merece por su coraje.

PAJE. ¡Ya! Como vos sois soldado,
preferís siempre la lanza:
(Indicando la frente.)
poco de aquí se os alcanza.

CAPITAN. Siempre el paje mal hablado.

SUMILLER. *(Interponiéndose.)*
Ya la música resuena.

PAJE. La danza va á comenzar.

SUMILLER. *(Al grupo de máscaras.)*
¡Ea, señores..... á bailar!

PAJE. Viva el gozo, huya la pena.

(Vanse todos por la izquierda, menos Cabral.)

ESCENA TERCERA.

CABRAL, CAMOENS (de máscara por la derecha).

CAMOENS. ¡Cabral!

CABRAL. ¡Oh! ¡Luis!

CAMOENS. ¡Caro amigo!

CABRAL. ¿Es cierto, Luis, que en mis brazos
te estrecho con dulces lazos?

CAMOENS. Por ello al cielo bendigo.

CABRAL. Despues de tan largos dias,
¡cuán grato es ver á un hermano,
y verle ya libre y sano
de peligros y agonías!

CAMOENS. Hermanos, sí, nos llamamos
cuando aún adolescentes,
en Coimbra, diligentes,
letras humanas cursamos.
¡Coimbra! Grata memoria,
tierno y dulcísimo ensueño,
tiempo á la mente risueño
de la juvenil historia.

CABRAL. ¿Qué tal en Africa?

CAMOENS. El moro
castigado allá quedó,
y á cuarteles retornó

nuestra hueste con decoro.
Luchas, peligros, fatiga.....

CABRAL. ¿Y recompensa?

CAMOENS. Muy poca.

CABRAL. Ya se ve: fortuna es loca.

CAMOENS. Siempre me tuvo enemiga.

CABRAL. Veremos si cambia el hado,
y justo el monarca piensa
en darte la recompensa.

CAMOENS. Siempre fuí yo desgraciado.

CABRAL. Supe que enemigo acero.....

CAMOENS. Mira la huella en mi frente:
privó de la luz fulgente
á mi pupila certero.

CABRAL. En fin, no dudo que el rey
con su justicia, dar quiera
premio á aquel que su bandera
asaz defendió y su ley.

CAMOENS. Tengo enemigos: no espero
que los reales beneficios
me premien, por los servicios
que presté como guerrero.
Y hoy me fuera más preciosa
la recompensa; otro dia
sin celo la miraria,
que no es mi mente ambiciosa.
Cuando al Africa partí
contra el moro á batallar,
no fuí dones á buscar
tan sólo, Cabral, por mí.

CABRAL. Lo sé, caro Luis, lo sé.

CAMOENS. Lidié por la patria amada;
pero otra prez más ansiada
en los combates busqué:
Lidiaba yo por mi bella,
por la que anhelo y adoro;
reñí, pardiez, contra el moro,
por mi patria, y más por ella.
A mi patria la defiendo
sin interés ni ambicion;
que es sagrada obligacion
sufrir por ella muriendo.
No alcanzo, si madre es,
el servirla especulando.
¿Quién, por su madre lidiando,
lidia, vil, por interés?
La recompensa la anhelo

porque un padre envanecido
me priva del bien querido,
porque me roba mi cielo.
Tú sabes que no amo el oro
ni me envanecen honores;
pero he menester favores
por ella, que es mi tesoro.
Dulce tesoro de amor
más valioso que el Oriente,
dí si debo indiferente
perderle mal amador.
Tesoro que es mi desvelo,
donde mi gloria se encierra,
ángel que Dios en la tierra
puso por muestra del cielo.
¿No debo, para comprar
de su padre la ambicion,
adversaria á mi pasion,
tesoros ambicionar?

CABRAL. ¿El rey ignora tu vuelta?

CAMOENS. Debe suponerla ya,
terminada como está
la campaña, y paz resuelta.
A más, mi presentacion
como doncel de palacio
la haré mañana despacio:
primero es mi corazon.

CABRAL. ¡Pobre Luis! Duras espinas
punzadoras hoy te amagan
en las rosas que te halagan.

CAMOENS. ¿Qué me dices?

CABRAL. ¿No adivinas?

CAMOENS. No comprendo.....

CABRAL. A tu llegada
fuí presuroso á buscarte;
no me fué dado encontrarte,
no estabas en tu posada.

CAMOENS. Apenas llegué, salí
de mi morada, afanoso
por saber del bien hermoso,
y tras ella vine aquí.
En palacio, no lo ignoras,
vive ella, y por Inés,
su camarera que es,
supe se hallaba á estas horas
en el baile. Busqué presto
un disfraz que permitiera

hablarla, sin que advirtiera
su padre injusto, y por esto
sin voluntad he tardado.
Un billete en mi morada
me dejaste, y tuve entrada
con el nombre allí expresado.
Impaciente estoy por verla.

CABRAL. Y su camarera Inés,
¿no te dijo que el marqués
de Souza quiere obtenerla?

CAMOENS. ¿Pero ella?....

CABRAL. Firme te adora;
mas tu rival.....

CAMOENS. Lo pensaba:
el marqués la codiciaba.
Y dime, ¿qué ocurre ahora?

CABRAL. Del marqués la pretension
el conde, cual nunca, ampara.
Ten prudencia si te es cara.

CAMOENS. Lo temía el corazon.

CABRAL. El conde ve que desmedra
su favor, y del valido
espera apoyo rendido;
mucho su favor me arredra.

CAMOENS. Mas, Catalina me ama,
y por mezquino interés
no conseguirá el marqués
llamar esposa á mi dama.

ESCENA CUARTA.

Dichos, CATALINA y otra Dama, ambas con antifaces. Camoens, al divisarlas, se cubre con el suyo. Las máscaras permanecen hácia el fondo, pero observándoles y con intencion de dirigirse á ellos.

CAMOENS. Esas máscaras.....

CABRAL. Cuidado:
con nombre extraño has venido.

CAMOENS. Ser no debo conocido.

CABRAL. Debes estar avisado.
Durante tu ausencia, el rey,
celoso de su alta esfera,
pragmática dió severa
—y obedecerla es de ley—
prohibiendo galanterías
que escándalos puedan ser

en palacio..... Has de ver
que á tu amada perderias.

CAMOENS. *(Viendo que las dos máscaras se han ido acercando con apariencia de espiarles.)*
Son máscaras muy curiosas
aquellas, segun advierto.

CABRAL. Y nos observan, por cierto.....

CAMOENS. ¿Quiénes serán?

CABRAL. *(A Camoens y saliéndolas al encuentro.)*
Ven... *(A ellas.)* Hermosas.....

CAMOENS. (¡Oh, gran Dios, si fuese ella!
El corazon lo comprende.)

CABRAL. Hermosas sois, pues os vende
vuestro talante; la bella,
áun tapada lo parece.

CATALINA. El rebozo, á la fealdad
presta el aire de beldad:
el antifaz embellece.

DAMA. Cuidad que chasco no sea.

CABRAL. ¿A que sois bellas?.... lo sé,
pues teneis el no sé qué
que no se encuentra en la fea.

CAMOENS. ¿La fealdad llamarse tal
á sí misma, ni áun tapada?
Ser pretende la taimada
harina de otro costal.

CABRAL. Así que sois, imagino,
bellas ambas, ó mi mente
la belleza no presiente.

CATALINA. Teneis poco de adivino.

CAMOENS. Pero si sois, cual presumo,
dos mujeres harto bellas,
dos luceros, dos estrellas,
no torneis mi gozo en humo.
Esquivas sois, y lo siento,
que es como el sol la hermosura;
él, contrario á noche oscura,
muestra ufano su portento.

CATALINA. Galantes los dos estais.

CAMOENS. Contra esa nube enojado:
ver todo un astro eclipsado.....

CATALINA. Poco acertados andais.

DAMA. *(A Camoens.)*
Como astrólogo ó poeta
hablais, señor.

CAMOENS. Es lo mismo:
de lo inmenso en el abismo

ambos sumen su alma inquieta.

CATALINA. Ambos ven sólo luceros.

(Aparte á Cabral hasta el fin de la escena.)

¿No es cierto, Cabral?

CABRAL. ¡Qué escucho!

¿Me conoceis?

CATALINA. Mucho, mucho;
mi amigo entre los primeros.
Amigo de aquel ausente
que os apellida su hermano.
(No puedo más: finjo en vano.)

(Descubriéndose rápidamente ante Cabral, de modo que no la vea Camoens, á quien ha llevado aparte la otra máscara como obedeciendo ésta al propósito de Catalina de hablar aparte á Cabral.)

¿Sabeis de él?

CABRAL. *(A Catalina.)* ¡Dios clemente!
¡Catalina! ¡Qué estoy viendo!

(Ella le hace seña de que calle.)

¡Feliz encuentro! Héle allí.....

(Indicándole á Camoens.)

CATALINA. ¿Es él?.... ¡Cielos, ay de mí!
De dicha me estoy muriendo.

CABRAL. *(A la Dama que habla con Camoens.)*
Ven, mascarita, á danzar
conmigo, aunque horrible seas.

(A Camoens, indicando á Catalina.)

Mira allí lo que deseas.

CAMOENS. *(Al ver á Catalina, que se le interpone sin antifaz.)*
¡Catalina!

CATALINA. *(Con gozo.)* ¡Ah!

CABRAL. *(Llevándose á la Dama.)* ¡A bailar!

ESCENA QUINTA (1).

CAMOENS y CATALINA.

CAMOENS. ¡Catalina! Eres mi gloria,
mi ventura celestial.

CATALINA. ¡Mi único bien!

CAMOENS. ¡Mi ideal!
Encanto de mi memoria.

---

(1) Desde aquí al final del acto deberán decirse los diálogos con la rapidez posible, sobre todo los de esta escena.

Catalina. ¡Oh, mi Dios! ¡Cuánto soñé
con este dulce momento!
Camoens. ¡Cuánto, por este contento,
Catalina, deliré!
Catalina. La ausencia, un tierno suspiro
fué tan sólo para mí.
Camoens. Soñando gloria por tí
paséla yo.....
Catalina. Mas ¡qué miro!
Está tu frente marcada
de honda herida con la huella.
Camoens. Por merecerte, ¡oh! mi bella,
¿qué es la sangre derramada?
Catalina. Los peligros que has corrido
áun me duele recordar.
Camoens. Tus temores á calmar
viene tu amante rendido.
Con el de Dios sacrosanto
tu nombre adorado unia;
mi labio le repetia
de la lid en el espanto.
Del Africa, la estrellada
azul bóveda riente,
me pintaba dulcemente
tu bella faz encantada.
Y luego en son amoroso
mi plectro osaba cantar,
de esos ojos el mirar,
y el blando mover piadoso (1).
Catalina. Gran consuelo recibí
en mis tristes aflicciones,
de aquellas gratas canciones
que un tiempo te merecí.
Endechas ¡ay! lastimosas
en medio de la alegría;
tu corazon presentia
estas horas afanosas.
Camoens. Sí, Catalina; al llegar
he encontrado con dolor
el cielo de nuestro amor
con nubes que hacen temblar;
y aunque nunca el sol sereno
á mi vida sonrió,
jamás tanto se sintió
inquieto mi amante seno.

(1) Pensamiento de Camoens.

¿Qué sucede? Ese marqués
áun por tí demente sueña.....
CATALINA. Y más que nunca se empeña
mi padre en su pro..... ¡ya ves!
CAMOENS. Mas, tu amor.....
CATALINA. Es invencible:
Sólo en sus aras vivir,
ó en aras de Dios morir.
¡Ah! tu rival es temible.
CAMOENS. Nada me causa temor
teniendo tu amor sincero:
con él mi brazo es de acero,
diamantino mi valor.
CATALINA. Pero mi padre le ampara.
CAMOENS. Por tu fé soy amparado.
CATALINA. ¡Mi fé!
CAMOENS. ¿Qué mejor aliado
que esa fé que me es tan cara?
Y á más, en su disfavor
cuenta, de gran poderío,
un rival único mio;
tú le nombraste: ¡el Señor!
CATALINA. Y si debo ante sus aras
buscar refugio algun dia,
¿no te pierdo?
CAMOENS. No, alma mia,
sin que muerto me dejaras.
CATALINA. Pero en esa lucha horrible,
¿qué puede pobre mujer?
¿Cómo luchar, y vencer
de un padre la voz terrible?
CAMOENS. Otra vez le iré á buscar;
le pintaré tu dolor,
le pintaré nuestro amor
puro y digno del altar.
Decidido y suplicante
trataré de convencerle
de que podrá merecerle
por padre tu tierno amante;
que de otro, es gran locura
pretender hacerte esposa;
que no puede ser dichosa
la que fué amante perjura.
Pediré con frenesí,
no, con cariño y templanza,
me dé tiempo y esperanza
para ser digno de tí.

CATALINA. Quimera tu anhelo es:
te odia él de corazon,
y le arrastra la ambicion
á proteger al marqués.

CAMOENS. Pues que tiemble ese rival.

CATALINA. Desoye la furia insana,
que puede aumentar tirana
nuestra desdicha fatal.

CAMOENS. Y entónces, dime, ¿qué hacer?
Le llamaré á la razon,
y hablándole al corazon
generoso podrá ser.

CATALINA. Su natural generoso
se mostrará siendo amado,
pero por mí desdeñado
se convierte en rencoroso.

CAMOENS. Tienes razon: no se apaga
de amor envidioso el fuego
ensalzando el amor ciego
que á odioso rival halaga.

CATALINA. ¡Ves que somos infelices!

CAMOENS. ¡Y cuándo no lo fuí yo!
¿Por qué tu pecho me amó?

CATALINA. Mi Camoens, ¡ah! ¡qué dices!

CAMOENS. Quizá debiera librarte
de mi penosa presencia:
á mi fatal existencia
yo nunca debí ligarte.

CATALINA. Me hieres: ¿qué estás diciendo?

CAMOENS. Si no me hubieses amado,
de un padre al decreto airado
cedieras no así sufriendo.

CATALINA. Camoens, si no te hubiese
encontrado el alma mia,
por tu sér suspiraria
en tanto qne yo viviese.
Y á no encontrarnos los dos
en el mundo, presintiera
que hallarte mi amor pudiera
allá en la mansion de Dios.

CAMOENS. Y con tal presentimiento,
con amor tan infinito,
¿qué otro apoyo necesito?
Mengua fuera el desaliento.
Yo debo, sí, defender
nuestra amorosa ventura,
y esa llama digna y pura

debo, hermosa, merecer.
Ese funesto rival
que se interpone homicida,
juegue conmigo la vida.

CATALINA. ¡Qué intentas!

CAMOENS. Vencer el mal.

CATALINA. Pero, mi Luis, ¡ay! perderte,
¿no es mayor mal, no es demencia?

CAMOENS. ¿No vale, dí, la existencia
la dicha de poseerte?

CATALINA. Considera que te adoro.....

CAMOENS. Si muero, sé del Señor;
pero ántes muera el traidor
que disputa mi tesoro.

ESCENA SEXTA.

Dichos, CABRAL.

CABRAL. Amigos, el conde llega
y el marqués.

CAMOENS. ¡Ah! lo deseo.

CATALINA. ¡Oh! ¡mi Dios!

CABRAL. Males preveo.

CATALINA. Prudencia mi amor te ruega.

CABRAL. Si amas, Luis, á Catalina.....

CATALINA. Dejemos este lugar.

CABRAL. Debes el lance evitar;
que te pierdes imagina.

CATALINA. No agraves mi triste suerte.

CAMOENS. A solas anhelo hablarle.

CABRAL. Ya podrás luego buscarle.

CAMOENS. Es cuestion de vida ó muerte.

(Catalina y Camoens se cubren con sus antifaces y se van por la izquierda, precedidos de Cabral.—Camoens va como cediendo á pesar suyo.)

ESCENA SÉTIMA.

ATAIDE y SOUZA por igual lado, pero por otra salida.

ATAIDE. Aquí, querido marqués,
mejor platicar podremos.

SOUZA. Mientras bailan, trataremos
cosa de más interes.

ATAIDE. Me hablábais de Catalina.....

Será, marqués, vuestra esposa.
SOUZA. Cada vez más desdeñosa,
en nada á ceder se inclina.
Así, os digo con franqueza
que tranquilo no he de estar,
mientras no viere en mi hogar
tan codiciada belleza.
ATAIDE. Cederá, no lo dudeis.
SOUZA. Nuevo temor me acompaña
hoy que acabó la campaña
de Africa.
ATAIDE. ¿Y qué temeis?
SOUZA. Con su antigua pretension
vendrá presto mi rival.
ATAIDE. ¿Es acaso vuestro igual?
Vana será su intencion.
SOUZA. Vana fuera, y yo dichoso,
si del tal siempre apartada
ella la fé suspirada
me diera ó fuera su esposo;
que á defender yo la prenda
de mi amor ó de mi honor
me sobran fuerza y valor,
y á mi honor no hay quien le ofenda.

ESCENA OCTAVA.

Dichos, CAMOENS (al paño).

CAMOENS. (Aquí están. ¡Viven los cielos!
Hora encubierto sabré
lo que intentan, y obtendré
reparacion. ¡Callad, celos!)
ATAIDE. No es seguro que ese osado
hidalgüelo se presente;
quizá el moro diligente
nos haya dél ya librado.
Nuevas dél no hemos tenido.
CAMOENS. (¡Qué escucho! ¡rabia! ¡qué escucho!)
ATAIDE. Desque supimos, no há mucho,
que fué gravemente herido:
bueno es contar con la muerte.
SOUZA. Mejor es mi diligencia.
Mi dicha á la inconsecuencia
no aventuro de la suerte.

Ataide. ¿Qué hacer entónces?
Souza. Que sea
ella cuanto ántes mia.
Camoens. (¿Qué escucho? ¡Desdicha impía!)
Ataide. Mi voluntad lo desea :
lo será mañana mismo.
Souza. *(Con alegría.)*
¡El cielo nos dá favor!
Ataide. *(Al ver á Camoens enmascarado.)*
Disimulad.....
Camoens. (¡Oh furor!
Soy de penas un abismo.)

(Vanse, recelándose de Camoens que va á seguirles, y se detiene indeciso y agitado.)

ESCENA NOVENA.

CAMOENS, quitándose el antifaz y yendo hácia el proscenio.

Camoens. ¡Qué escuché, San Dios! Piensan mañana
ambos lograr su miserable intento.
¡Su esposa Catalina! El pensamiento
se resiste á creer..... Torpe se afana :
no dará ella su fé, que no es liviana,
y su amor me juró. Mas si al convento
huyese por salvar su juramento,
¿cómo á Dios combatir? ¡Pretension vana!
El duelo, sí; si en él pierdo la vida,
que sea del Señor..... Mas no conjuro
el mal, si vencedor, por homicida
debo hallar en la fuga mi seguro.....
¡Oh cielo! Ampara mi razon perdida:
ella ó morir, Señor; ¡por tí lo juro!

(Se encubre y vase por la izquierda.)

ESCENA DÉCIMA.

CATALINA seguida de SOUZA.—Salen por el mismo lado sin verse con CAMOENS, que aparece al fin de esta escena.

Catalina. Marqués, no me importuneis;
sabeis mi resolucion.
Souza. ¿Por qué, ingrata, á mi pasion
tan mal la correspondeis?

Tenaz estais.

CATALINA. Inmutable:
no puede otra cosa ser.

SOUZA. Oidme.....

CATALINA. Es vano querer;
mi respuesta es invariable.

SOUZA. Sois, cual mármol, inflexible.

CATALINA. Para vos soy dura roca.

SOUZA. Os amo con pasion loca.

CATALINA. Quereis, señor, lo imposible.

SOUZA. Imponed las condiciones:
como esclavo os amaré;
¡oh! jamás os pediré
que quebranteis mis prisiones.
Será ley vuestra ventura,
vuestro capricho mi sino.....
¡Ah! ¿tan felice destino
es vedado á mi ternura?
Bienes, riquezas, honores,
todo os será tributado;
ángel sereis adorado
en aras de mis amores.
Consentiré en ser odiado,
señora, del mundo entero,
con tal de ver mi sincero
cariño por vos pagado.
Si es mi pasion inflexible,
pretendeis, señora, en vano:
el no amar no está en mi mano;
vos sí quereis lo imposible.

CATALINA. Vos, tan noble y generoso.....
os desconozco, señor.

SOUZA. Culpad á vuestro rigor.

CATALINA. Interponeros odioso,
impedir la dicha ajena.....

SOUZA. Tambien soy desventurado;
que ver á un rival amado
mi condicion envenena.
(Pausa muy breve.)
Sois mujer; ¿no mudareis?

CATALINA. Soy mujer que sabe amar.

SOUZA. Tambien ¡ay! sabeis odiar.

CATALINA. Que os odie conseguireis.

SOUZA. Pues bien, odiadme, señora;
desesperado estoy, loco,
y todo parece poco
al amor que me devora.

CATALINA. Vuestra tenaz insistencia
en mal hora así se afana.
(Aparece Camoens.)

SOUZA. Sereis mi esposa mañana.

CATALINA. Nunca, marqués, sin violencia.

SOUZA. ¿Quien impedirlo podrá?
¡Quien!

CAMOENS. ¡Yo!

(Arroja la careta y abre el dominó, dejando ver su traje cortesano.)

SOUZA. ¡Mi rival odioso!

CATALINA. (¡Oh! Dios mio, ¡sed piadoso!)

CAMOENS. Vuestro rival, sí, aquí está.

CATALINA. Caballeros, ¿qué intentais?
¡Camoens!..... ¡Marqués!

SOUZA. *(Con firmeza y cortesía.)* Señora,
dejadnos hablar ahora.

CAMOENS. *(A Catalina, con cariño.)*
Dejadnos, nada temais.
(Al Marqués.)
Con grande empeño os buscaba.

SOUZA. Me hallásteis; sois venturoso.
A su vez más afanoso
mi odio os ambicionaba.

CATALINA. ¡Vírgen, valedme!

CAMOENS. Recelo
que con ese fiero odiar,
poco tendremos que hablar.

CATALINA. (Voy á que impidan el duelo.)
(Vase por la izquierda.)

ESCENA UNDÉCIMA.

Dichos, menos CATALINA.

SOUZA. Aunque sois un pobre hidalgo
que á mí llegar no podeis,
lidiar con vos me vereis.

CAMOENS. Y ya me tendreis en algo.
Mas pecais de inconsecuencia;
si tan alto os concebís,
¿por qué conmigo os batís?

SOUZA. Por odio....., y condescendencia.

CAMOENS. *(Con ironía.)*
¡Muy nobles motivos son!
(Con energía.)
Ni os odio, ni condesciendo:

me bato, porque defiendo
mi ventura y la razon.

SOUZA. (*Indicando su espada.*)
Aquí mi razon está.

CAMOENS. (*Con resolucion.*)
Pues nada más que decir.
Venid, marqués.

SOUZA. (*Con rabia mal contenida.*) ¡A reñir!

CAMOENS. ¡De Dios el juicio dirá!
(Vanse por la derecha.)

ESCENA DUODÉCIMA.

CATALINA, CABRAL, ATAIDE, SUMILLER, CAPITAN, Caballeros, Damas, Guardias y Máscaras, por el órden indicado.

ATAIDE. (*A Catalina.*)
Hija, ¿qué pasa?

SUMILLER. ¿Qué es eso?

CATALINA. (*A Cabral.*)
Á reñir ambos han ido.

CABRAL. Corro á impedir.....
(Vase por la derecha.)

ATAIDE. (*Que sorprende este diálogo.*)
¡Atrevido!
¡Aquí Camoens! ¡Qué exceso!

SUMILLER. ¡Así desafueros tales
en palacio!....
(Al Capitan.)
¡Presto, ved!
Guardias, prendedles, corred:
ante el rey todos iguales.
(Vanse el Capitan y guardias por la derecha.)
(A Ataide mostrando extrañeza.)
¿Camoens?....

ATAIDE. Ha provocado
al marqués por vil despecho.

CATALINA. ¡Cielos, ay! ¿Qué es lo que hecho?
¡Me he perdido y le he entregado!

Cae el telon.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Catalina. Puertas al fondo y laterales.—La de la derecha del actor dá á un balcon. Del mismo lado un reclinatorio con una imágen de la Vírgen.

ESCENA PRIMERA.

INÉS.

Ya terminado habrá el baile,
pues el rumor no se siente;
el alba ya se aproxima,
y áun mis señores no vienen.
¡Pobre señora! Constante
al amor que la enloquece
por don Luis, firme se muestra
y con su padre rebelde.
Pues ¿y el amante don Luis?
¡Tampoco en la lucha cede!....
Pero ¡cuántos sinsabores
tales cosas nos prometen!

ESCENA SEGUNDA.

INÉS, CATALINA, por el fondo.

CATALINA. ¡Qué noche he pasado, Inés!
Mil torturas he sufrido;
á combatir ha salido
Comoens con el marqués.

INÉS. No me sorprende.
CATALINA.. ¡Oh dolor!
De ese combate tan fiero,
sólo desdichas espero
aunque triunfe mi amador.
¡Les prenderán!....
INÉS. Sin cuidado
debe el marqués, si ha vencido,
estar; del rey es valido.....
Pero don Luis.....
CATALINA. Ha violado
la pragmática real,
y si vence, va corriendo
peligros que estoy temiendo.
¿Hay situacion mas fatal?
Además, mi nombre suena
en este lance funesto.
INÉS. Y el conde ¿qué dice á esto?
CATALINA. Con frente de nubes llena
hasta aquí me ha acompañado.
En su silencio constante
y en su severo semblante,
mi desdicha he vislumbrado.
INÉS. Siempre auguré de esa fiesta
resultados muy fatales
con tan fogosos rivales.
CATALINA. Sólo lágrimas me cuesta.
INÉS. Pero cálmese tu afan.
CATALINA. ¡Cómo calmar ¡ay! mi lloro,
si amenazando al que adoro
mil desventuras están!
De una madre en la orfandad
él para mí fué creado
por el Señor, apiadado
de mi triste soledad.
Cuando áun niña yo le ví,
Inés, por la vez primera,
se abrió la celeste esfera
y un Eden se abrió ante mí.
Su nombre me repetia
cada golpe de mi seno,
y mi sér, de su sér lleno,
del suyo solo vivia.
Aquel sueño de ilusion
en himno de amor trocado,
resonaba entusiasmado
alegrando la creacion.

Y manantial fué mi vida
de lo bello que atesora
mi alma, celeste aurora
por su amor embellecida.
Cual primavera de amores
el amor que me extasiaba,
fecundo en mí despertaba
una existencia de flores.
Compara, Inés, tal ventura
con mis dolores presentes;
dí si no son suficientes
á llenarme de amargura.

INÉS. Pon en Dios tu confianza.
Aquí el conde se dirige.

CATALINA. La horrible duda me aflige.

INÉS. Aun tengo alguna esperanza.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA TERCERA.

CATALINA, ATAIDE, por el fondo.

ATAIDE. Muy quejoso de tí estoy.

CATALINA. ¡Padre mio!

ATAIDE. (*Con ironía.*) Muy contento
le tienes.

CATALINA. Señor, lo siento.

ATAIDE. Mas deje de ser quien soy,
si ese hidalguillo insolente
su malévola osadía
no paga presto; á fé mia
que ha sido bien imprudente.
Y siento no haber sabido
que se encontraba en palacio;
entónces con más espacio
hubiera el lance impedido.
Con mi celo cuidadoso
al de Souza yo advirtiera,
y tu nombre no anduviera
en este lance ruidoso.
Pero al fin se ha conseguido;
no hay mal que por bien no venga,
que el rey un motivo tenga
de darle su merecido.
Al de Souza disputar
lo que jamás le daré.....

CATALINA. (*Con ansiedad mal disimulada.*)
¿Hánle preso?....
ATAIDE. No lo sé.
No le han logrado alcanzar.
Los que salieron en pos,
con ellos no habrán áun dado.
CATALINA. (¡Protégele, Dios amado!)
ATAIDE. Y le hallarán, vive Dios.
¿Pero áun te interesa asaz
ese doncel atrevido?
Contábale en el olvido.
CATALINA. No es mi aficion tan faláz.
Vos mi silencio tomásteis
por olvido hácia mi amante;
no le olvidé ni un instante;
muy mal, señor, me juzgásteis.
Vos me hablábais del marqués
con elogio, y con denuesto
de Camoens, y por esto
callé por propio interés:
que al escuchar tanta ofensa
temí su causa empeorar,
y así preferí callar
por no dañar su defensa.
Mas hoy que llegado es
el decisivo momento,
diré que tan sólo siento
despego por el marqués.
ATAIDE. Luego insistes con firmeza.
CATALINA. De mi amor ó de la muerte.
Disponga Dios de mi suerte
y dé alivio á mi entereza.
ATAIDE. ¡Y esto escucho inalterable!
Calla, calla, hija menguada,
rebelde á la voz sagrada
de tu padre; ¡miserable!
CATALINA. ¡Ah! Señor, siempre obediente
á vuestras órdenes fuí.
ATAIDE. Aparta, aparta de mí,
ó de mi furia inclemente
tendrás el justo castigo.
CATALINA. ¡Oh! Señor, no es culpa mia
si le juré amor un dia,
y de mi fé no desdigo.
Vos que me habeis enseñado
los deberes del honor,
¿quereis que indigna, señor,

falte á la fé que he jurado?
Y no es sólo el juramento
lo que á mi amante me obliga,
que tambien con él me liga
el lazo del sentimiento.
Y si anhelais destruir
la pasion en mí nacida,
quitadme, señor, la vida;
mandadme, padre, morir;
que aunque este afecto es locura
en su extremada ilusion,
no es dañoso á la razon
y es virtud como es ternura.
Así, al verme inobediente,
es que, señor, sois injusto;
que si es virtuoso mi gusto,
no peco de delincuente.

ATAIDE. ¿Y áun pretendes defender
esa pasion que te ciega?
De mi linaje reniega
quien le quiere empobrecer.
¿Quién dice que si juraste
ser constante en tu locura,
serás, si faltas, perjura?
Ni sabes lo que empeñaste.
Desechar la posicion
tan brillante que te ofrece
el de Souza, ¿no merece
el nombre de sinrazon?
¿Juramentos de romance
debo, pardiez, respetar?
No consiento en rebajar
de mi prosapia el alcance.

CATALINA. ¿Decís que no es él mi igual?
Superior le hace la fama.
¿Quién al linaje de Gama,
padre, excede en Portugal?
De tan honroso linaje
digno es, y le honrará
con su ingenio, como ya
le ha honrado con su coraje.
¡Que no es rico! La pobreza
un crímen es, el más malo;
mas rica yo, no me igualo
á él con toda mi riqueza.

ATAIDE. En fin, basta.

CATALINA. ¡Qué tortura!

ATAIDE. El oirte me enardece;
si en el combate perece,
terminará tu locura;
y si vence, pobre dél.

CATALINA. ¡Ah!

ATAIDE. No te halague la muerte
del marqués, que de perderte
habrá tambien el doncel.

ESCENA CUARTA.

Dichos, CRIADO, por el fondo.

CRIADO. Del rey un paje, señor,
con recado del marqués
os llama con interés.

ATAIDE. (*Al criado.*) Al momento.
(Vase el criado.)

CATALINA. (Mi dolor
presiente mal.)

ATAIDE. ¿Qué será?

ESCENA QUINTA.

Dichos y el PAJE.

PAJE. Puesto que entrada os pedí
tan á deshora.....

CATALINA. (¡Ay de mí!)

ATAIDE. Con ánsia os escucho ya.

PAJE. El marqués, conde, os espera
en su estancia, do está herido.

ATAIDE. ¿Con que por fin se han batido?

CATALINA. (*Con la mayor ansiedad.*)
¿Y el otro?

PAJE. Huyó.

CATALINA. (¡Dios lo quiera!)

ATAIDE. En breve iré.....
(Con sumo interés.)
Mas su herida.....

PAJE. Del arte el mejor maestro
con él está, y aunque diestro,
ni dá esperanza perdida,

ni ganada la esperanza.
Cumplí mi encargo.

ATAIDE. Id con Dios.

PAJE. Con él os quedad los dos.

ATAIDE. Iré á verle sin tardanza.

ESCENA SEXTA.

Dichos, menos el PAJE.

ATAIDE. El de Souza yace herido;
acaso podrá curar,
y con él te has de casar;
mas si perece el valido,
que no espere su insolente
matador tener tu mano.
Ya la ley del soberano
castigará al delincuente.

CATALINA. Entónces, Dios me dará
en sus aras un refugio.

ATAIDE. Ese vano subterfugio
desecha; jamás será.

CATALINA. Nueva Lucrecia seré
contra el esposo tirano
que me deis; con esta mano
mi seno desgarraré.
Miraré cual deshonor
el casarme contrariada;
que es la mujer deshonrada
si se entrega sin amor.

ATAIDE. Deshonra es la inobediencia
á los padres, que Dios manda
honrar, por ley veneranda;
honrarles es la obediencia.

CATALINA. En lo justo obedeciendo
siempre justa les honré.
A Dios me consagraré
en un convento muriendo.

ATAIDE. Ya he dicho que no en mis dias.

CATALINA. Al rey pediré favor
y amparará mi dolor.

ATAIDE. Él tus súplicas impías
desoirá, que su alta ley
no dará amparo clemente
á la hija inobediente.

CATALINA. ¿Irá contra Dios el rey?
ATAIDE. Pues bien, basta. En conclusion,
harás lo que más te cuadre;
mas ya sabes de tu padre
la firme resolucion.
(Vase por el fondo.)

ESCENA SÉTIMA.

CATALINA.

¿Tan sólo quejas y llanto
y angustias, ¡oh, Dios divino!
habrán de ser mi destino?
¡Ah! Señor, no puedo tanto.
¿Yo de mi mente lanzarle?
¡Que no le llame mi dueño!
¿No es locura tal empeño?
¡Si yo no quiero olvidarle!
(Pausa.)
¡Cuánta dicha le debí!....
Abismada en la ilusion,
ni áun soñaba el corazon
en su dulce frenesí,
que la negra tempestad
con horrible saña impía
viniese á turbar un dia
tan grata felicidad.
¿Cómo olvidar, ¡oh dolor!
la dulce dicha pasada?
¡Es tan bella la alborada
que ofrece el primer amor!

ESCENA OCTAVA.

CATALINA, INÉS.

INÉS. Ven, señora, á descansar;
dale treguas al quebranto.
CATALINA. Para el duelo acrecentar,
para anegarle con llanto
vendrá un nuevo despertar.
¡Si del dormir el beleño
aletargarme lograra!

INÉS. Cese, pues, tu grave empeño.
CATALINA. ¡Cuán dichosa si alcanzara
que fuese el eterno sueño!

(Inés se dirige al balcon para cerrarle, lo que no hace, poniéndose á mirar hácia la calle.)

INÉS. No es ilusion..... juraria
que don Luis está rondando.
CATALINA. ¿Qué me dices?
INÉS. ¡Qué osadía!
CATALINA. Le están ¡oh cielos! buscando,
y pronto vendrá ya el dia.
INÉS. Él es, señora..... ¿qué intenta?
CATALINA. Que parta á decirle voy.

(Se dirige al balcon, pero se detiene asustada al ver que arrojan de dentro una escala al mismo.)

¡Una escala!
INÉS. ¡Muerta estoy!
CATALINA. Subiendo, á mi fama atenta.
INÉS. Loco se pierde y te afrenta.....
Obediente á su pasion
expone por tí su vida.
CATALINA. Aquí á estas horas; perdida
es mi honra..... Ese balcon
cierra, Inés.....
INÉS. ¿Su despedida
tan mal recibes, señora?
CATALINA. Acaso se ve perdido,
y busca aquí, perseguido,
un refugio.....
INÉS. Ya la aurora
le vende ó le habrá vendido.
CATALINA. Quizá tu celo la yerra.....
Inés, tu empeño me aterra.....
Que venga y que Dios me guarde.....
Mas no, Inés, el balcon cierra.
INÉS. Señora..... sube..... ya es tarde.

ESCENA NOVENA.

Dichas, CAMOENS.

CAMOENS. ¡Catalina!
CATALINA. ¡Mi Luis! Grave imprudencia
cuando así te persiguen.....
CAMOENS. ¿Y podria

alejarme de tí sin la alegria,
la suprema ventura de mirarte,
de darte un tierno adios?
CATALINA. ¡Oh! ¡Qué demencia!
Si te han visto..... ¡Ay! Inés.
INÉS. Vendré á avisarte.
(Vase por el fondo.)

ESCENA DÉCIMA.

Dichos, menos INÉS.

CAT. Buscas tu muerte y la deshonra mia;
mira que á grandes pasos llega el dia.
CAM. La muerte no es terrífica á tu lado,
ni tu deshonra temo; soy tu esposo;
tu esposo ante el Señor: ¿qué importa el hombre?
CAT. Empero si te hallasen.....
CAM. ¿No merece
el verte, acaso por la vez postrera,
el peligro arrostrar, la muerte fiera?
CAT. ¡Mi padre más que nunca te aborrece!
Pero salva mi honor, líbrate huyendo.
Si yo estimo ese honor es por ser tuyo,
por digna ser del riesgo amenazante
á que por mí te expones, tierno amante;
pero vete, por Dios, vete, bien mio.
No ya por ese honor: si yo salvarte
pudiese á costa dél, con ceño frio
y á costa de mi vida te librara;
que si mi honor es tuyo, ¿cuándo pude
emplearle mejor? Es ¡ay! que acude
tras de tí la feroz tropa homicida,
y amenaza tu vida, que es mi vida.
CAM. Escucha, Catalina: Una voz grata
dijo á mi corazon en bello dia:
«Amala más que á tí.» Del alto cielo
fué decreto quizás, y obedecia.
Y no sé por qué Dios, que se recrea
en portentos de amor, y que formara
al hombre con tal fin, ¡ay! nos separa,
cuando unidos los dos realizaria
un prodigio de amor que le adorara.
Ni celos caben ni temor aterra
en tan noble pasion: este consuelo

me anima al ausentarme de esta tierra.
Catalina, ¿me amas?

CAT. ¡Si te amo!....

CAM. ¡Es tan dulce escuchar tu voz que anhelo!
Oiga el que va á partir, la voz del cielo.

ESCENA UNDÉCIMA.

Dichos, INÉS, por el fondo.

INÉS. De pasos el rumor.....

CATALINA. ¡Somos perdidos!

CAMOENS. Adios, mi Catalina; lleve huyendo
tus palabras de amor en mis oidos.

CATALINA. Te amo y te amaré; mi alma lo jura.
¡Pero huye!....

CAMOENS. ¡Gran Dios! la estás oyendo.
¡Cómo pudiera ser ella perjura!
(Baja por el balcon.)

ESCENA DUODÉCIMA.

Dichos, menos CAMOENS.

INÉS. ¡Dios de Jerusalem!

CATALINA. ¡Cielos, qué oigo!

INÉS. En la calle el rumor ora se siente.
(Mirando por el balcon.)
La tierra toca ya su planta osada,
y cércale ¡infeliz! turba de gente.....
Son cinco contra él..... Uno le ayuda.....
Es su amigo tal vez.....

CATALINA. ¡Cabral sin duda!

INÉS. Ya cruzan las espadas.

CATALINA. ¡Cielo santo!
(De rodillas ante la imágen de la Vírgen.)
Dios te salve,
reina y madre
de mi triste
corazon;
compadece,
Vírgen pura,

¡compadece
mi afliccion!

(Se levanta y permanece aterrada en la escena, pendiente de lo que dice Inés.)

INÉS. (*En el balcon.*)
El combate terminó.
Dos de sus cinco enemigos
cayeron. Los dos amigos
van triunfantes..... se salvó.

CATALINA. Mi súplica el cielo oyó.

(Corre otra vez hácia la imágen y se prosterna.)

Si eres reina y soberana
con un cielo por alfombra,
y el ángel cuando te nombra
se postra, reina, á tus piés;
á más de reina eres madre
del pecador afligido;
es pecador perseguido:
recuerda que tu hijo es.

ESCENA DÉCIMATERCERA.

Dichas, ATAIDE.

CATALINA. ¡Ah! mi padre.....

ATAIDE. (*A las dos.*) ¿Aquí qué haceis?
¿Qué rumores los que oí?

CATALINA. Señor, apiadaos de mí.
Así en desvelo me veis
porque el ruido percibí.

INÉS. Ese rumor, cual á vos,
atrájonos á las dos.

ATAIDE. Calla, y fuera diligente.

(Vase Inés por la izquierda.)

ESCENA DÉCIMACUARTA.

ATAIDE, CATALINA; luégo UN CRIADO.

ATAIDE. ¡Adivino, vive Dios!

CATALINA. ¡Vuestra hija es inocente!

ATAIDE. Ya pagarás, por quien soy,
esa mentida inocencia.

CRIADO. Del rey á Vuestra Excelencia.
(Le dá un pliego y vase.)

ATAIDE. (*Despues de leer.*)
¡Y qué es esto! ¡Dónde estoy!

CATALINA. (¡Oh, cielos, tened clemencia!)

ATAIDE. De su corte me destierra
el rey, porque amparo he dado
á quien su ley ha violado.
¡Y no me traga la tierra!
(A Catalina.)
¿Dó está el traidor?
(Con ira mostrándole el pliego.)
¡Deshonrado!
¿Dónde se esconde el traidor?
Me va á matar el despecho.....
¿Dó se oculta á mi furor?
Hija indigna, de mi honor
¿qué has hecho, dime, qué has hecho?
Que venga el traidor, que venga
y pague aquí con su vida
lo que me roba homicida;
la prez de su infamia obtenga.
¡Cuán dichoso es quien se venga!
¡Oh! que muera el desalmado
á mis manos, y que lave
las canas que ha deshonrado:
ante una ofensa tan grave,
¿qué es la vida de un menguado?
¡Su sangre, su vida entera!
Si muriese agora aquí
él ó yo, nadie dijera
que en mi mancha consentí,
y con honor yo muriera.

CATALINA. ¡Piedad, inocente soy!

ATAIDE. ¡Piedad de tí! ¿La demando
para mí, que devorando
tu mísera culpa estoy?
(Viendo la escala.)
Y esa escala..... ¿no está hablando?
Habla, ¿qué dice esa muestra
de tu culpa y deshonor?

CATALINA. Está puro vuestro honor,
como el ángel que á la diestra
se coloca del Señor.

ATAIDE. ¿Y habré de creerte, dí?
¿Qué importa que yo te crea?
¿Qué importa que puro sea

ese honor que yo te dí,
si está tu deshonra ahí?
El honor en la apariencia,
ha de lucir como el dia.
¿Qué vale que en tu conciencia
esté escrita tu inocencia,
cuando nadie la veria?
¡Mira!.... ¿Lo ves? Desterrado
de la corte, y ya perdida
en un instante una vida,
todo un poder que he soñado,
¡y mi nombre difamado!
Y cuando el sol se levante
dentro de un hora, estará
tu fama perdida ya,
y la calumnia triunfante
en algo se fundará.
Y ese algo deshonroso,
es que al amante menguado
vieron bajar presuroso
por ese balcon odioso,
dejando un nombre manchado.
Y al rey, á quien en conciencia
cuenta deben mis acciones,
tan limpias cual mis blasones,
¿quién probará tu inocencia
contra toda malquerencia?
¡Ah! que matarte quisiera.

CATALINA. Por Dios, señor; soy sincera.

ATAIDE. Pero á matarle me obligo.
¡Oh! sí, que á mis manos muera.....
Hija indigna, ¡te maldigo!

Cae el telon.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Ataide, distinta de la anterior. —Puerta á cada lado y una al fondo. La de la derecha del actor dá á un balcon.

ESCENA PRIMERA.

INÉS, en el balcon; luégo CATALINA, que aparece por la izquierda.

INÉS. ¡Ver á distancia tan breve
las torres y áun los tejados
de la corte, y desterrados
aquí estar..... no es pena leve!

CATALINA. (*Saliendo.*)
¿Viste á Cabral?

INÉS. Sí, le ví.
Al pueblo há poco llegó.
En la corte recibió
tu carta, y vínose aquí.

CATALINA. Cuida que entrar no le vea
mi padre. Necesidad
tengo hoy de su amistad.

INÉS. Util su apoyo te sea.

CATALINA. De aquel infeliz que lloro
era hermano más que amigo;
así mi pena mitigo
hablando del que áun adoro.

INÉS. El marqués áun te pretende,
y tu padre es inflexible.

CATALINA. De mi amante él irascible
la dulce memoria ofende.....
Muerto el sér que fué mi amor,

grato consuelo tuviera
si en el cláustro yo pudiera
consagrarme á mi dolor.
Pero aquí, ¿cómo llorar,
cuando es un crímen mi llanto,
y mi amoroso quebranto
tengo siempre que ocultar?

INÉS. (*Viendo por el balcon.*)
Señora, tu amigo viene.

CATALINA. ¿Cabral? Condúcele aquí.
(Vase Inés por el fondo.)
Há tiempo que no le ví;
la prudencia le retiene:
de mi alma su presencia
desgarra la triste herida;
memoria es de aquella vida
que fué sol de mi existencia.

ESCENA SEGUNDA.

CATALINA, CABRAL.

CATALINA. Vos sois, Cabral, en el mundo
mi único amigo, mi hermano.

CABRAL. Yo por mostraros me afano
mi afecto hácia vos profundo.

CATALINA. Mi situacion azarosa
consejo os pide.....

CABRAL. Lo sé:
con el alma os le daré,
por aquel que os llamó esposa
y os amó con fé sincera.

CATALINA. Los dos ¡ay! le hemos llorado
con afan desesperado.

CABRAL. ¡Memoria imperecedera!

CATALINA. ¿Luego estais cada vez más
seguro, ¡ay Dios! de su muerte?
¿Tan cierta es mi amarga suerte?

CABRAL. Peor es la duda quizás:
Constantino de Braganza,
que en la India es el virey,
notificólo así al rey:
no me queda ya esperanza.
Grandes vicios afeaban
nuestro gobierno allá en Goa;

cuando allí fué de Lisboa
nuestro Luis, ellos triunfaban.
Su natural siempre honrado
tales abusos zaheria
en sátiras, que escribia
contra el abuso indignado.
Hubo de ver con rencor
de sus faltas la censura,
que es del vicio la tortura,
Barreto, el gobernador.
Y de Goa desterrado
giró en varias direcciones,
y en guerreras excursiones
glorias ganó de soldado.
Despues que tanto sufrió
en graves vicisitudes,
y fatigas é inquietudes,
en Macao se embarcó.
Es su naufragio bien cierto,
pues es oficial la nueva.

CATALINA. Nuestra amargura renueva,
y el mundo es vago desierto
para nosotros.

CABRAL. Me es triste
colmar vuestro duelo insano;
pero todo ha sido en vano
para averiguar si existe.
Cartas varias escribí
en mi horrible pesadumbre;
su silencio es certidumbre
de que al hermano perdí.

CATALINA. ¿Y qué intentaré, Dios mio,
en mi angustioso dolor?
Dadme consejo, señor,
que calme mi desvarío.
Por mi padre maldecida,
él enfermo y desterrado,
juzgándose deshonrado
por mí, ¡qué amarga es mi vida!
El marqués, de mi inocencia
no duda, ¡ojalá dudara!
Así no me importunara
con su amorosa insistencia.
Si la mano no le doy,
á mi padre doy la muerte;
ved si es penosa mi suerte.
El plazo se cumple hoy

que mi padre me ha fijado
para la boda aceptar,
y amenaza con no alzar
la maldicion que me ha echado.
Pretende que yo ante el ara
he de volverle el honor;
acrecienta mi dolor
¡como si ya no bastara!
Decidme, ¿qué debo hacer?

CABRAL. Nuestro bien hemos perdido.....
Por vuestro padre afligido
sólo os toca proceder.
Este enlace no será
para vos sino un suplicio;
miradle cual sacrificio
que un padre os devolverá.

CATALINA. Pero Cabral, ¿no es manchada
la mujer que se desposa
sin amor?

CABRAL. ¡Union odiosa!
Teneis razon..... ¡desgraciada!

CATALINA. Pero entónces, ¿qué remedio
me queda, Dios de bondad?

CABRAL. Escuchadme.

CATALINA. *(Con ansiedad.)* ¿Qué?....

CABRAL. Intentad
el único triste medio.
El marqués es generoso,
y os adora con locura;
no querrá vuestra amargura
si vos le llamais esposo.
Su nobleza, la ha probado
dejando que Luis huyera
sin que el rey le persiguiera;
y constante se ha mostrado
en juzgaros inocente.
Hablad á su corazon,
implorad de su pasion
la nobleza, que él la siente.
Pedidle con fé y vehemencia
que amante tan generoso
consienta en llamarse esposo
y os deje vuestra inocencia.

CATALINA. ¡Ah! ¡qué decís!.... probaré
de convencerle, ¡ay de mí!
No sabeis cuánto sufrí.
Noches horribles pasé;

	añadiendo al gran dolor de perder á mi adorado, el temor de ver logrado ese enlace aterrador. Y era tanta mi agonía, que á Dios con ruego constante pedí muerte delirante, y la muerte no venía. Y hasta pensé ¡desdichada! en dármela yo.....
CABRAL.	¡Qué escucho!
CATALINA.	¡Perdóneme Dios! ¡Oh! ¡Mucho sufrió el alma atribulada! Y fué mayor mi impiedad, pues no cedí de mi intento obediente al mandamiento de la sacra Majestad; cedí por sólo el temor de hallarme en otra existencia sin él..... sí, que en mi demencia le preferí á mi Hacedor.
CABRAL.	Tal tentacion desechar os conviene: ella ofendiera al Criador, y os impidiera vuestra fama recobrar. Acudid, pues, al marqués con tan digna pretension; oiga una vez la razon, y obrará como quien es. Camoens, que ve á los dos donde otra vida fulgura, os amará siempre pura digna de él y de Dios.

ESCENA TERCERA.

Dichos, INÉS.

INÉS.	¡El conde!....
CATALINA.	¡Ah! ¡suerte fiera! Por esta infeliz rogad.
CABRAL.	El suicidio desechad: (Indicando el cielo.) recordad que él os espera. (Vase por el fondo precedido de Inés.)

ESCENA CUARTA.

CATALINA.

¿De qué sirve, oh Señor, á mi conciencia
que me llame inocente, si acusada
me miro ante los hombres cual culpada?
¿Nada vale, tal vez, esta inocencia?
Muerta ya á la ventura mi existencia,
por maldicion injusta anonadada.....
La hora en que nací, ¡qué hora menguada!
Del cielo contra mí, ¡cuánta inclemencia!
Y tú, mágico sér, del alma mia
ídolo celestial, ¿por qué me amaste,
si tras tanto querer que brilló un dia
tinieblas de dolor ¡ay! me dejaste?
Si tanto yo en la tierra te queria,
¿por qué, mi dulce amor, me abandonaste?

ESCENA QUINTA.

Dicha y ATAIDE, que aparece con enfermiza languidez, y como fatigado.

ATAIDE. *(Sentándose.)*
¡Cuál me agobia la fatiga
y nada mi dolor cura!
Nada mi duelo mitiga:
¡tan sólo mal me procura
la fortuna mi enemiga!

CATALINA. *(Con timidez.)*
¡Padre!....

ATAIDE. Contempla tu obra.
De pesadumbre me llenan
tus halagos, me envenenan;
omítelos, pues de sobra
están; el puesto recobra
que á la hija inobediente
atañe.

CATALINA. Señor, clemencia:
lo sabeis, soy inocente;
culpable fuí de imprudencia.

ATAIDE. *(Con desden.)*
Siempre la misma cancion.

Pero basta. Ya lo ves:
se espera tu decision.
Llegó el dia, y el marqués
aguarda; no hay dilacion.

CATALINA. ¡Oh! padre, ¡por Dios bendito!

ATAIDE. Más dilaciones no admito:
ó te casas, ó ya mas
á tu padre no verás.
Tu respuesta necesito.

CATALINA. ¿A dó ireis sin vuestra hija?

ATAIDE. A otras tierras, á un desierto
donde tu voz no me aflija,
donde esté para tí muerto,
que poco falta por cierto.

CATALINA. ¡Ah! vos no sabeis, señor,
lo que siento y qué me mata.

ATAIDE. Ni quiero saberlo, ingrata:
sé que vivo sin honor;
¿me le puede dar tu amor?

CATALINA. Señor, señor, un convento
donde al cielo por vos pida.

ATAIDE. ¡Y siempre ese pensamiento!
Dirán que allí arrepentida
te llevó el remordimiento.
No lo repitas; no oiré
de nuevo tal pretension:
ó das tu resolucion,
ó para siempre me iré;
ya sobrado te escuché.
Por adorar á un fantasma
que la muerte te dejó.....

CATALINA. Mi pecho fé le juró.

ATAIDE. Mi mente se admira y pasma.
¡Tanto un capricho duró!
Partiré, que así viviendo,
mi fama será dañada
tu cómplice apareciendo:
sólo quiero á mi hija honrada,
ó muerta, ó abandonada.
Y así dirán de contado:
¡Pobre padre desgraciado!
Su hija le deshonró,
pero nunca autorizado
por él su daño se vió.
Solitario fué á acabar
su vida en misterio oculto;
matóle al triste el pesar,

que no pudo presenciar
la causa del hondo insulto.
(Con desesperacion.)
Empero todo es en vano,
y tu silencio inhumano
me sabe á la amarga hiel.
Llámame padre tirano;
pero ¡adios, hija cruel!

CATALINA. *(Deteniéndole.)*
¡Ay! haced lo que querais,
y que os maté no digais.
Esa boda tan funesta
ordenad..... estoy dispuesta.

ATAIDE. *(Con gran sorpresa.)*
¡Qué escucho!

CATALINA. ¿Me perdonais?

ATAIDE. ¡Hija!.... *(Con vacilacion.)*

CATALINA. *(Llorando.)* Padre, ¿estais contento?
No me pidais alegría.

ATAIDE. *(Abrazándola.)*
¡Hija querida, hija mia!
Me dá la vida tu acento.
¡Y yo que te maldecia!

CATALINA. Disponed el sacrificio,
que tal le llamo, por vos,
y aunque fuere mi suplicio,
de esa dicha en beneficio
lo haré, y me lo abone Dios.

ATAIDE. Hija, es triste..... pero al cabo
no es el marqués tan odioso;
con nosotros generoso,
no sin razones le alabo;
podrá ser un buen esposo.
El otro además.....

CATALINA. *(Interrumpiéndole.)* Al triste
no le culpeis, ya acabó.

ATAIDE. Por él mil penas me diste;
mas todo ya lo olvidó
tu padre, que por tí existe.

CATALINA. ¡Ah! *(Con tristeza.)*

ATAIDE. No, hija, no blasono
de sordo á la desventura.
¡Es tan grande mi ventura!
Con él estoy sin encono.....
Mira, ¿oyes?... ¡Le perdono!

CATALINA. ¡Padre! ¡Padre! Mi afliccion
aumenta vuestro perdon.

¡Ah! Si al infeliz en vida
le hubiérais con más razon
tratado, ¡qué agradecida!
Empero, aunque así no sea,
es consuelo á mi amargura;
desde otra vida más pura
vuestro perdon le recrea:
gracias os dá mi ternura.

ESCENA SEXTA.

Dichos, UN CRIADO.

CRIADO. De Souza el señor marqués.....
ATAIDE. Voy á darle tu respuesta.
No te halle así mal dispuesta:
al tocador, tiempo es,
porque la boda se apresta.
CATALINA. Yo tambien hablarle quiero.
ATAIDE. Le hablarás, pero en razon;
no vislumbre tu afliccion.
(Al criado.)
Que pase, que ya le espero.
(Vase el criado.)
CATALINA. (¡Que admita mi peticion!)
(Vase por la izquierda.)

ESCENA SÉTIMA.

ATAIDE y SOUZA.

ATAIDE. *(Con gozo.)*
¡Oh! marqués, sed bien venido.
SOUZA. Me place gozoso veros,
pues juzgo buenos agüeros
hallaros tan complacido;
sobre todo, en este dia
en que de mi suerte el fallo
espero: feliz me hallo,
conde, con vuestra alegría.
ATAIDE. No miente el presentimiento
que os alegra el corazon;
propicia es la decision
de mi hija al casamiento.

Cumplida está mi promesa.
SOUZA. ¡Qué me decís! ¿Realizado
veré ese sueño encantado
que á mi vivir interesa?
ATAIDE. Tal sueño pudo costar
á entrambos ventura y vida.
¿Cómo seguís de la herida?
SOUZA. Logré del todo curar.
El arte, ó mejor, el cielo,
mi existencia preservó,
para el dia que soñó
mi más extremado anhelo.
¿Y ella dó está?
ATAIDE. La vereis:
áun se encuentra un poco triste,
pues el capricho subsiste.
SOUZA. Inmensa pasion direis.
ATAIDE. Llamadla pasion..... consiento.
SOUZA. Sé que mucho ella le amaba;
amor que en sí se bastaba
para ser gran sentimiento.
Si aborrecí al que murió,
ya cual rival no le temo;
y por tanto no blasfemo
de la pasion que inspiró;
que aquella que sabe ser
tan fiel al que ya no existe,
de grandeza se reviste
y es una grande mujer.
ATAIDE. Y al fin vos conseguireis
que olvide esa triste historia.
SOUZA. Que conserve su memoria.
ATAIDE. ¿Y qué, celos no tendreis?
SOUZA. Esa memoria es fianza,
como os dije, para mí;
que procediendo yo así
obtendré su confianza.
En mi anhelo de alcanzar
que me ame cual le ama,
será estímulo su llama
para llevarme á triunfar.
Y si me engaña el deseo
y no consigo su amor,
no indigno merecedor
me juzgará: tal lo creo.
Anhelo, conde, rendido
ofrecer ante sus piés

mi gratitud.

ATAIDE. *(Llamando.)* ¡Hola, Inés!
Sereis pronto complacido.
(A Inés.)
Al punto dí á tu señora
que el señor quiere ofrecerla
su respeto.

SOUZA. Ansío verla
como la noche á la aurora.

ATAIDE. Yo en tanto á disponer voy
cuanto fuere menester
para la boda; ha de ser.....

SOUZA. A vuestra merced estoy.

ATAIDE. Dentro de un hora, marqués.

SOUZA. Plazo breve es aunque largo.

ATAIDE. Necesario es sin embargo.

SOUZA. Id con Dios.

ATAIDE. Hasta despues.
(Vase por el fondo.)

ESCENA OCTAVA.

SOUZA.

¿No es esto un sueño, quizás
anhelo de mi ternura?
Si es un sueño, es de ventura;
que no despierte jamás.
Voy á verla, á idolatrarla,
y voy á llamarla mia!....
Estoy loco de alegría:
¡Cielos, mi esposa llamarla!
Pero es cierto, sí, muy cierto:
porque ese sol que hora alumbra,
con su fulgor me deslumbra;
no sueño, no, estoy despierto.
¿Y cómo despierto ver
tal bienandanza, Dios mio?
Si es un loco desvarío,
en él quiero perecer:
que si es un sueño, quizás
anhelo de mi ternura,
de este sueño de ventura
que no despierte jamás.

ESCENA NOVENA.

SOUZA y CATALINA.

SOUZA. Dejad, Catalina bella,
que os adore, y vuestra huella
bese mi labio. ¡Oh delicia!
¡Al fin mi enemiga estrella
se ha tornado más propicia!
¿Con que cedeis á mi amor?
De ventura á hablar no acierto.....
¿Con que ahuyentando el dolor,
ante el ara del Señor
os llevo, decidme, es cierto?

CATALINA. Vos vais á llamarme esposa.....

SOUZA. ¿Es verdad?.... ¡Grata ilusion!

CATALINA. Pero os consta la pasion,
que, más que nunca ardorosa,
se agita en mi corazon.
Sabeis que en amar constante
deber y virtud cifré,
y hoy más que nunca adoré
la imágen del tierno amante
que lloro y que lloraré.

SOUZA. No lo ignoro, y tal constancia
me hace áun más idolatraros;
lo digo hasta con jactancia;
si amé con perseverancia,
¿cómo dejar de admiraros?
Estaros agradecido
debo tan sólo, señora,
y orgulloso porque ha sido
digno de ser comprendido
el amor que me devora.
Bien está, y no en delito
ese culto cambiaré;
y aunque siempre envidiaré
un amor tan infinito,
jamás le condenaré.
Infiel no contemplo yo
á la esposa que no engaña;
ese afecto al que murió
vuestra pureza no empaña,
que no es de la tierra, no.
Tal vez alcance algun dia,
no mateis esta esperanza,
de llamaros toda mia

la soñada bienandanza
que mi amor se prometia.
Y diréme afortunado
si, en mi amorosa ambicion,
obtengo un espacio, al lado
de ese rival envidiado,
en tan tierno corazon.

CATALINA. Sin el contento murió
que tanto él ambicionó,
de apellidarme su esposa
ante el mundo; que amorosa
con el alma lo fuí yo.

SOUZA. ¿Que fué infeliz me direis,
y ante Dios su esposa fuísteis
y por tal áun os teneis?

CATALINA. Muy bien, señor, lo dijísteis:
ser mi esposo no debeis.

SOUZA. ¿Cómo tal?

CATALINA. Que ser no puedo
de otro en vínculo amoroso.

SOUZA. Que vos le ameis, lo concedo;
mas el sepulcro alevoso
rompe los lazos de esposo.

CATALINA. Cuando el vínculo es del mundo;
mas si el alma en union tierna
se desposa, es más profundo,
el lazo es union eterna.

SOUZA. Tal union no me consterna.
Despues que tanto sufrí,
¡es tan grata la ventura!
Enlazada vos á mí
ante el ara con fé pura,
delicia que no creí,
llegareis á comprenderme
y acaso me estimareis,
no digo que me amareis;
tanto, tanto, es excederme:
mas ¿que espere negareis?

CATALINA. Señor, tan sólo expresaros
una súplica querria.

SOUZA. ¿Qué ventura ni alegría
es mayor que el escucharos?
Que os escuche el alma mia.
¡De súplica el labio habló!
¿Desde cuándo la señora
al esclavo suplicó?
Mandad, pues, al que os adora,

que como esclavo os sirvió.
CATALINA. Sabeis, señor, que mi enlace
con vos tan sólo se hace
por cumplir con la apariencia
que á mi fama satisface,
pues os consta mi inocencia.....
SOUZA. ¿Y yo juzgaros impura?
¿Cómo encender en mi seno
esta fé de que está lleno,
si azucena en la blancura
no fuéseis cual ella pura?
Catalina pudo amar
con afecto irresistible,
pudo su fama eclipsar;
mas ¿de ser pura dejar?
Eso no, que no es posible.
Cuando ví vuestra belleza,
parecióme cual divina;
sentí crecerme en grandeza.....
sólo tiene la pureza
tanto poder, Catalina.
¡Vos impura! Y esa frente
¿no es un cielo desnublado?
y ese llanto idolatrado
que en mi sed de amor ardiente
apurara dulcemente,
¿no es delicado rocío
de mañana bonancible?
Dudar de vos fuera impío;
por eso el anhelo mio
no dudó, que era imposible.
CATALINA. Vuestro nombre aceptaré
honrada con tal esposo,
mi vida os consagraré;
vuestras penas lloraré
cuando no fuéreis dichoso.
En alma con luto eterno
no hay primavera galana,
mas con amor no tan tierno
os sonreiré como hermana.
Me anhelais digna, señor;
¿mas serlo acaso pudiera
si yo vuestra esposa fuera?
¡Ah! respetad mi candor.....
mi súplica aquesta era.
¡Ah! señor, sed indulgente
con este afecto vehemente;

os lo demando de hinojos.

(Va á arrodillarse y Souza lo impide, diciéndola sin detenerse, casi interrumpiéndola.)

SOUZA. ¡Ser liviano á vuestros ojos!
¿Yo marchitar esa frente?
Ni un solo instante he de ser,
señora, ménos que vos;
y pues osé pretender
amar á un ángel de Dios,
ángel sed y no mujer.

CATALINA. ¡Oh! gracias, gracias, señor.
Dejad que os bese las manos.
(Intenta de nuevo arrodillarse.)

SOUZA. ¡Oh! alzad.....

CATALINA. Ya sin rubor
iré ante el ara; de hermanos
será sólo nuestro amor.

ESCENA DÉCIMA.

Dichos, ATAIDE.

ATAIDE. Se encuentra todo dispuesto.
(A Catalina.)
¿No vas, hija, á engalanarte?
Bien se aviene con el arte
la beldad. Pero ¿qué es esto?
(Aparte á Catalina.)
De luto ese traje es.

CATALINA. *(Alto, de modo que lo oiga Souza.)*
¿De boda no puede serlo?

ATAIDE. Es locura pretenderlo.
¿No tengo razon, marqués?

SOUZA. Dueña es de sus acciones.
Acaso no es de alegría
para ella aqueste dia.....
y ella tendrá sus razones.

CATALINA. *(Con gratitud.)*
¡Marqués!

ATAIDE. No, no lo consiento.
(Aparte á Catalina.)
Te casas por la apariencia.
¿Está bien, hija, en conciencia
manifestar descontento?

CATALINA. (Complétese mi suplicio.
La víctima hácia el altar

con galas debe marchar,
coronada al sacrificio.)
(Con resignacion.)
Bien está.....

SOUZA. (¡Noble mujer!)

ATAIDE. Vamos, hija, que es ya tarde.

CATALINA. (*A Souza.*)
El cielo, señor, os guarde.

SOUZA. (*A Catãlina.*)
Adios..... Conde, hasta mas ver.

(Vanse Catalina y Ataide por la izquierda.—Souza por el fondo.

Atrio de un monasterio. En el fondo la entrada de la Iglesia con su gradería ó pórtico correspondiente.
(Se oye el órgano.)

CORO DE MONJAS. (*Dentro.*)
El mundo es un gran desierto
para el triste corazon;
venid al cláustro, infelices,
y hallareis la paz de Dios.

El desdichado, en el mundo
sólo encuentra soledad;
no hay soledad en el cláustro,
porque Dios en él está.

Los que llorais afligidos,
á este retiro venid;
la tierra es mar proceloso,
el puerto hallareis aquí.
(Cesa el órgano.)

ESCENA UNDÉDIMA.

CABRAL y el PAJE, por la derecha.

PAJE. Protegido del marqués
desde la noche aflictiva
de su duelo, me ascendió;
cosa que bien merecia.

CABRAL. La moraleja del cuento

es, pardiez, harto sabida:
coge siempre el mejor fruto
quien á buen árbol se arrima.

PAJE. De la corte vine hoy
en su noble comitiva.

CABRAL. Sois un hombre de importancia.

PAJE. Buena halló mi compañía.
¡Con que al cabo se nos casa
con la hermosa Catalina!

CABRAL. Eso probará que sabe
él sus prendas peregrinas
apreciar, y que la fama,
como acostumbra, mentia.

PAJE. De Camoens se olvidó:
los muertos pronto se olvidan.

CABRAL. Sed más justo y respetad
motivos de un alma digna.

PAJE. No; mal hablado no soy:
se casa, y Dios la bendiga.

CABRAL. No fuimos, paje, llamados
para murmurar.

PAJE. Malicia
que no es extraña al varon,
y á que las hembras se inclinan:
tal es la humana costumbre.
¿Quién comentarios evita
cuando se trata de entierro
ó fiesta se solemniza?

CABRAL. Fuera preciso cortar
muchas lenguas.

PAJE. Hablarian
áun despues de ser cortadas.
El murmurar es manía
tan propia en humanos séres,
que del tronco se origina.
Por tal culpa Adan y Eva
perdieron terrena dicha.
Todos al prójimo muerden;
y si muchos le pellizcan
en diálogos, casi todos
en monólogos le trizan.

CABRAL. (*Indicando la izquierda del actor.*)
Por allí, si no me engaño,
el cortejo se aproxima.

PAJE. ¿Y por qué este monasterio
para la boda designan?

CABRAL. Sin duda porque del conde

es la iglesia más vecina.
PAJE. ¿Tornará el conde á Lisboa
cuando se case la hija?
CABRAL. El destierro le alzará
del marqués la gran valía.
PAJE. Aquí llegan todos ellos.
CABRAL. Triste viene Catalina.
PAJE. Al martirio, no á su boda,
parece que se aproxima.

ESCENA DUODÉCIMA.

Dichos, ATAIDE, CATALINA, SOUZA, INÉS y Caballeros y Damas del séquito de ambas familias.

(Se oye el órgano y se repite el coro anterior.—Se forman varios grupos en que Ataide y Souza reciben saludos y parabienes.)

CATALINA. (*Aparte.*)
¡Oh! felices las que hallásteis
en ese cláustro apacible
la ventura bonancible
que yo no pude alcanzar.
¡Oh! cuánto os envidio, cuánto,
de Dios tranquilas esposas.....
¡Ah! dichosas, muy dichosas.....
¡siquiera podeis llorar!
(Cesa el órgano.)
ATAIDE. (*A Catalina.*)
Catalina, ten prudencia.
¿Vas á darme un mal momento?
Disimula el sentimiento:
no descuides la apariencia.

(Entran en la iglesia todos menos Cabral, que va á hacer lo mismo y se detiene.)

ESCENA DÉCIMATERCERA.

CABRAL.

No me es dado presenciar
esta boda, me es muy triste;
¡cuánto anheló el que no existe
llevarla al sagrado altar!
Y ella, ¡infeliz! ¿qué pudiera?

Maldicion asaz tirana
es la de un padre; harto vana
la resistencia le fuera.
¡Qué momento indefinible!
¡Pobrecilla!.... Mas ¿qué veo?
Desfallece segun creo;
su agitacion es terrible.....
¿Qué sucede? ¡Cielo santo!
El clérigo ha suspendido
el acto: ¿qué ha acontecido?
Muestran todos el espanto.....
Todos acuden á ella,
y en horrible frenesí
viene la triste hácia aquí.....
¡y siguen todos su huella!

ESCENA DÉCIMACUARTA.

Todos los de la escena anterior.—Catalina, despavorida y convulsa, como presa de violento frenesí.—Ataide y Souza en la mayor consternacion.

CAT. ¡Justo cielo! ¡qué horror! ¡su triste sombra!
SOUZA. Pura ilusion no más que os extravía.
CAT. Yo le he visto surgir del hondo suelo
que á mis ojos amantes se ofrecia.
CABRAL. Vana ilusion quizás de vuestro anhelo.
ATAIDE. ¡A mi amargo existir esto faltaba!
CAT. No fué vana ilusion; su sombra ha sido.
No amenazante y fiera me miraba;
en su semblante pálido, afligido,
la amarguísima queja se pintaba.
No debo yo casarme, no, imposible.
Muy clara ví en sus ojos la amargura,
dulce queja de amor que me tortura.
SOUZA. Era sueño faláz mi dicha aleve.
ATAIDE. Hija, por Dios, desecha el pensamiento
que así te agita y tus sentidos mueve;
fantasmas que te finge el sentimiento.
Por Dios, ¡y en qué ocasion!....
CAT. La propia era:
cuando el *sí* á pronunciar iba traidora,
¿no era justo, por Dios, que él lo impidiera?
SOUZA. ¡Ah! ¡qué horrible pesar!
CAT. ¡Torpe quimera,

que mi honor y mi vida así devora!

CAT. Quimera podrá ser; mas ¡ay! ¡le he visto!
¿Y si vive tal vez? Pero no vive.....
aunque existir pudiera si áun existo.
¡Ah! Contempladle allí, miradle yerto.
¡Cuán triste el infeliz, cuán afligido
porque ve mi dolor!.... Ora risueño,
feliz al contemplar cuánto le adoro
y que dél soy aún, no de otro dueño.
¿No le veis? Héle allí..... ¿Cómo le viérais?
¿Cómo verle vosotros ¡ay! pudiérais
con ojos que el rencor ha oscurecido?
¿Cómo verle, cual yo, que le he querido?

ATAIDE. Infausto sér fatal; ¡áun se conjura
contra mi herido honor y mi ventura!

SOUZA. ¡Desgraciado de mí, que me creia
tan cerca de llamarla esposa mia!

CAT. Aparta, sombra fiel; por tu reposo
fueron á Dios mis oraciones todas
y mis votos de amor, ¡mi dulce esposo!
¿Y cómo descansar en otra vida,
si dejastes aquí tu alma querida?
En el mundo dejaste tu tesoro;
¡avaro de mi amor, ven, que te adoro!
Mas, no es muerto mi bien cuando yo existo.
¿Quejas tienes de mí? ¿No ves mi lloro?
¿Te quejas de las galas que hora visto?
Mi luto yace aquí, donde guardado
(Indicando el corazon.)
está tu nombre con tu sér grabado.
Aquí tu vida está; oiga tu acento.
¿Te niegas á mi voz? ¿Cuándo, amor mio,
no te escuché, mi bien, con desvarío?
Ven, sombra de mi sér..... morir me siento.....
(Cae desmayada en brazos de Inés.)

CABRAL. ¡Oh, delirio fatal!

SOUZA. ¡Que en un momento
fiero me roba la ventura ansiada!

ATAIDE. ¡Del averno eres tú, sombra, abortada!

Souza y Cabral acuden á Catalina.—Ataide se reclina abatido en el hombro del acompañante más proximo.

Cae el telon.

ACTO CUARTO.

Aposento en un hospital de Lisboa.—Puerta á la derecha del actor.—Un jergon hácia la izquierda.—Mesa y taburete en el centro, hácia el fondo.

ESCENA PRIMERA.

ENFERMERO.

¡Muy tristes pasan aquí
las horas de la existencia!
Siempre oyendo los gemidos
de las humanas dolencias,
ó presenciando agonías
que triste el ánimo dejan.
Anoche al pobre enterramos
que en ese lecho muriera:
¿quién su puesto ocupará
con nuevos ayes y penas?
¿Si vendrá hoy esa dama
tan cariñosa y tan buena,
que á los enfermos socorre
y con amor les consuela?
Y principal debe ser;
á pesar de la modestia
de su vestido enlutado,
es de dama su apariencia;
así como se trasluce
que debe de ser muy bella,
á pesar del rebocillo
con que el semblante se vela.

Hace tiempo que concurre
á este hospital, y harto prueban
los socorros que prodiga
que no es corta su riqueza.
¿Qué voto la habrá obligado
á una vida tan benéfica?
En fin, más vale que emplee
en el bien sus grandes rentas,
ya que otras de su clase
sólo en lujo las ostentan,
y en placeres en que el diablo
su parte quizás obtenga.
Cuando está de los enfermos
á la triste cabecera,
es el ángel del dolor
que, sabiendo lo que es pena,
con bálsamo de cariño
fieros dolores amengua.
No es el morir tan amargo
teniendo á su cabecera
á quien tanto reconcilia
esta vida con la eterna;
que ella es tal vez mensajero
de otra mejor existencia.

ESCENA SEGUNDA.

Dicho y CAMOENS, que aparece enfermo y fatigado, mostrando en su traje su extremada pobreza.

CAMOENS. ¿La sala número diez?
ENFERMERO. Es esta y yo su enfermero.
CAMOENS. Bien..... (¡De fatiga me muero!)
(Pone en la mesa un rollo de papeles, y se sienta.)
Héme en mi patria otra vez.
(Al enfermero.)
¿Vos conoceis por ventura
á un señor muy principal
apellidado Cabral?
Mucho en la corte figura;
su nombre es bien conocido.
Muy cerca de aquí moraba
cuando el monarca habitaba
ese palacio.....
ENFERMERO. He oido

su nombre..... Callad; ya sé,
sé de la casa que hablais.

CAMOENS. Un favor á hacerme vais.

ENFERMERO. Con sumo gusto lo haré.

(Escribe en unas tablillas con lápiz, y las dá al enfermero.)

CAMOENS. Id, pues, al punto..... Entregad
en su mano, si podeis,
aquesto.

ENFERMERO. ¿Qué mas quereis?

CAMOENS. Sed diligente..... Tomad.

(Dándole una moneda.)

Es todo cuanto poseo.

ENFERMERO. ¿Y vos?

CAMOENS. El cielo cuidado
tendrá de este desdichado;
poco tiempo, segun creo.

(Vase el enfermero.)

ESCENA TERCERA.

CAMOENS.

Por más cerca de Cabral
esta mansion elegí,
y á su casa preferí
este mísero hospital.
Aumentaba mi afliccion,
aunque Cabral es mi amigo,
presentarme cual mendigo
inspirando compasion.

(Pausa corta.)

¡Héme en mi patria! Creí
decir como el Africano
al ver el desden tirano
que ella tuvo para mí:
« Patria, me alejo de tí;
no te veré ya jamás;
tú mis huesos no tendrás.»
Pero es tan grata la cuna,
que no pude sufrir más
el sol de otra tierra alguna.
¿Por qué ofrece tal encanto
el lugar do se ha sufrido?
Mi patria era eden florido

aunque en ella sufrí tanto,
que amor es gozo y quebranto.
Un tesoro aquí dejé;
con ilusion me alejé
yendo en pos de la ventura,
y á Portugal regresé
con soledad y amargura.
¿Y para qué serviria
á mi alma atribulada
esa riqueza anhelada,
si aquel bien que sonreia,
por quien todo lo queria.
de la tierra se partió?
Tal noticia desoló
al infeliz desterrado.....
¡Sorprenderme no debió
siendo yo tan desdichado!
Del desengaño la hiel,
la desgracia, la pobreza,
la enfermedad, la tristeza,
lindezas del mundo infiel,
¿qué son ante aquesta cruel
desventura de llorarla?
¿Por qué me mandaste amarla,
si cuando más la queria
pensabas, cielo, quitarla
á quien por ella vivia?
Pero gloria traigo, sí,
(Toma el rollo de papeles.)
la gloria de este poema,
que allá en mi penuria extrema
para la patria escribí
y con llanto concluí.
Al que acrecienta la fama
del grande Vasco de Gama,
¿qué portugués negará
la gratitud que reclama?
Mi patria me sonreirá.
Pero me engaña el amor
que profeso á esta obra mia.
¿Ser acaso no podria
tan infeliz cual su autor?
Si siempre con disfavor
por su patria fué mirado,
¿por qué á su vez desdeñado
el libro no habrá de ser?
¡Loco soy, desventurado!

¿Qué me atrevo á pretender?
Y he sido asaz presuntuoso:
mi desgracia es merecida,
pues quise pasar la vida
buscando gloria afanoso.
¡Torpe, insensato, ambicioso!
Por la patria delirar
pretendiéndola realzar,
es, pardiez, grave torpeza,
viendo á tantos procurar
sólo la propia grandeza.
¡Necio, gravísimo error!
¡De quemar estoy tentado
este libro desdichado,
testigo de mi dolor,
y que muera con su autor!
Mas, viva para decir:
de pena hicísteis morir
á quien osó tanto amaros;
ingratos en su vivir,
quiso en muerte..... perdonaros.
(Se deja caer fatigado en el taburete.)

ESCENA CUARTA.

CAMOENS y CABRAL.

CAMOENS. De pasos rumor oí.
CABRAL. (*Dentro.*)
¡Luis! (*Saliendo.*) ¡Luis!....
CAMOENS. (*Yendo á su encuentro.*) ¡Amigo querido!
CABRAL. ¡Hermano! ¡Dios bendecido!
(Recibiéndole en sus brazos.)
CAMOENS. ¡Cabral!.... Al cabo te ví.
(Pausa breve.)
CABRAL. ¿Cómo es esto?
CAMOENS. ¡Qué ventura!
CABRAL. Verte, Luis, cuando creia
que tu muerte.....
CAMOENS. ¡Nueva impía!....
CABRAL. Que orígen fué de tristura.
CAMOENS. Morir sin este consuelo.....
CABRAL. Muerte amarga hubiera sido.
CAMOENS. Dios llevarme no ha querido,
cuando morir es mi anhelo.
CABRAL. Tu naufragio causa fué

de otros hechos desgraciados;
de tus noticias privados.....

CAMOENS. En breve te contaré;
pero ántes quiero me digas.....

CABRAL. Te comprendo..... ¿á qué contar?
¿Quieres duelos renovar?

CAMOENS. Tal vez mi pena mitigas.
(Pausa.)
Cuando triste la perdí,
me hallaba en honda prision;
en mi profunda afliccion
casi loco me volví.
Pero en dudarlo afanoso,
á todo aquel que llegaba
de Portugal, preguntaba:
¡consuelo bien doloroso!

CABRAL. Corre la nueva funesta
más veloz que el raudo viento.

CAMOENS. Sé que murió en un convento.....
Sé que á la boda dispuesta.....

CABRAL. Por mi consejo: queria
aliviar su situacion;
la paterna maldicion
su alma celeste afligia.
Creyóse el padre infamado.....

CAMOENS. Lo supe tambien, Cabral;
fuí la causa de su mal,
pero sin ser yo culpado.
¿Por qué injusto en demasía
se opuso, por ambicion,
á nuestra honrada pasion,
vedando que fuese mia?

CABRAL. Todos muerto te creimos:
Constantino de Braganza
quitónos toda esperanza
con sus cartas. Procedimos
á ejecutar el enlace
que, salvando la apariencia,
demostraba su inocencia.

CAMOENS. Sabe el cielo lo que hace:
su voluntad justiciera
con espantoso delirio
libróla de su martirio;
no quiso que de otro fuera.

CABRAL. Su padre, cuando frustrado
por siempre el enlace vió,
muy poco sobrevivió,

CAMOENS. ¡Fué, por Dios, bien desgraciado!
CABRAL. Ella, huyendo del marqués,
que no la olvidó un momento,
refugióse en un convento,
en donde murió despues.
CAMOENS. (*Con desesperacion.*)
¿Y el cielo no me demanda
tan enojosa existencia?
CABRAL. Pobre amigo, ten paciencia.
CAMOENS. ¡Qué sorda la muerte anda!
(Pausa breve.)
Mis enemigos perversos
fueron la causa del mal.
Deshonrando á Portugal
allá por modos diversos,
de censurarles traté.....
Pagáronme con destierro:
tal paga merece el yerro
de herir á la mala fé.
Mi naufragio ya supiste:
era horrible tempestad;
su sublime majestad
realzaba la noche triste.
Contra el mar embravecido
la nave se quebrantó,
¡y en las aguas se abismó
con espantoso crujido!
Casi todos sucumbieron.
Ella entónces áun vivia;
vivir yo entónces queria,
y mis brazos combatieron.
Las fieras olas cortaba
ágil y ducha mi diestra,
en tanto que la siniestra
mi poema libertaba.
Amor de gloria sentia,
amor á mi ansiada bella;
en la borrasca era estrella,
su imágen era mi guia.
Contra la muerte vencí:
tanto afanoso nadé,
que en la playa me salvé.
Mas, ¡por qué no perecí!
De nuestro naufragio á Goa
fué la nueva, y se creyó
que con todos morí yo.
CABRAL. Y así se escribió á Lisboa.

CAMOENS. Luégo algun tiempo pasé
vagando ignorado, errante;
torné á Goa, y al instante
la nueva os comuniqué.
Mis enemigos temian
que á la corte denunciara
su indigna codicia avara,
y mis cartas detenian.
Despues dello me enteré,
cuando el mal era ocurrido;
inútil hubiera sido
el hablar, y así, callé.
Mi hacienda escasa perdida
ví en el mar, y miserable
quedé..... luego en formidable
encierro se hundió mi vida.
Si en libertad me pusieron
con tan yerta soledad,
¡ay! en vez de libertad,
¿por qué muerte no me dieron?
(Pausa.)
Entónces como consuelo
mi poema terminé,
y á la patria consagré
la última voz de mi anhelo;
porque en mi dura afliccion
de esperanza me servia
la enfermedad que crecia
en mi herido corazon.
Vagué por Africa incierto,
cansándome de sufrir,
buscando para morir
un ignorado desierto.
¡Pero el sol que vió la cuna
es tan grato al espirar!....
¡No pude á mis huesos dar
el sol de otra tierra alguna!
(Cae afligido en los brazos de Cabral.)

CABRAL. Un poco, amigo, descansa,
y cálmese tu afliccion.
(Le hace sentar.)

CAMOENS. Ya este pobre corazon
de tanto sufrir se cansa.

CABRAL. Dejarás este lugar,
viniendo á morar conmigo;
no ofenderás á tu amigo,
que te brinda con su hogar.

De ese grandioso poema
los fragmentos conocidos,
son con furor aplaudidos
y gloria te dan suprema.
Del grande Vasco de Gama
te aclamarán el cantor,
y de tu nombre en loor
dará sus ecos la fama.

CAMOENS. Mucho me quieres, Cabral.

CABRAL. Tu ánimo es grande; tu lira
la debes á quien te inspira:
Catalina y Portugal.
A entrambas puedes, viviendo.
con tu lauro engrandecer;
¿quién consiente en perecer
tales deberes teniendo?

CAMOENS. ¡Coronas para esta frente
que ya la fiebre devora!

CABRAL. Esa frente áun atesora
de Dios el genio fulgente.
Corro ligero á anunciar
al Homero lusitano.....
Si me llamo yo tu hermano,
¿no me tengo de gozar?
La corte te hará justicia
de su abandono cediendo,
con entusiasmo aplaudiendo
al vate que es su delicia.
Y tu gloria brillará,
la intriga será arrollada,
y la envidia desarmada
por tu nombre se verá.
Y á todos alborozado
voy á decir el primero:
¡que está en Portugal su Homero,
que Gama ha resucitado!

(Vase por la derecha.)

ESCENA QUINTA.

CAMOENS, solo.

¡Coronas, no dais ventura!
Ve presto, mi amigo fiel,
si quieres que ese laurel

no adorne mi sepultura.
¡Me siento tan fatigoso!
¡Si lograse descansar!
¡Quién pudiera despertar
en un mundo más dichoso!
(Se acuesta en el jergon.)

ESCENA SEXTA.

CATALINA de luto y velado el rostro. ENFERMERO con una bujía.

CATALINA. Decís que el pobre doliente.....
ENFERMERO. De muy léjos ha venido.
Héle aquí..... y está dormido.
CATALINA. Que descanse dulcemente.
ENFERMERO. Imagino que su mal
más que todo es de tristeza:
con extremada pobreza
ha llegado á Portugal.
CATALINA. Cubrid un poco esa luz;
así dormirá mejor.
(El enfermero la oculta de modo que alumbre la escena, dejando al enfermo en la oscuridad.)
El sueño es un gran favor
para el que lleva una cruz.
(El enfermero saluda con respeto á Catalina y vase.)

ESCENA SÉTIMA.

CATALINA y luego CAMOENS.

CATALINA. Vestida de luto, con duelo en el alma,
mi vida es martirio que busca la palma
que tarda en llegar.
Los años floridos, la verde existencia,
¿qué son á la triste que debe la ausencia
por siempre llorar?
Consuelo tan sólo consigue mi pecho
partiendo del pobre que sufre en el lecho
el triste vivir.
Y temen la muerte la vida anhelando,
y yo les contemplo su suerte envidiando
¡que logran morir!

CAMOENS. (*Despertando.*)
¿Quién va allá?....

CATALINA. Un alma triste,
que cifra su único anhelo
en dar al pobre consuelo;
por eso de luto viste.

CAMOENS. ¡Esa voz!.... (*Se sienta en el lecho.*)

CATALINA. (*Contemplándole compasiva.*)
¡Pobre infeliz!

CAMOENS. Parece una voz querida;
aquella voz que fué oida
allá en tiempo más feliz.
Semeja el eco doliente
de una perdida existencia.....
Perdonad esta impaciencia
á un desdichado demente:
ya mi esperanza acabó.

CATALINA. Es consuelo la esperanza,
es soñada bienandanza:
siempre la fé la esperó.

CAMOENS. ¡Fé decís!.... Faro del alma,
alumbró mi oscuridad.
¿Y quién en la tempestad
no suspiró por la calma?
Mucho tiempo hace que vivo
con mi fé puesta en el cielo.

CATALINA. ¿Qué padeceis?

CAMOENS. Desconsuelo.

CATALINA. ¡Crudo mal sin lenitivo!
¿Y no sentís otro mal?

CAMOENS. Señora, en el corazon.

CATALINA. Ardua es la curacion.

CAMOENS. Mi enfermedad es mortal.

CATALINA. Pero su causa.....

CAMOENS. Aun existe:
fué una pasion desdichada;
dejóme el alma postrada
y la existencia muy triste.

CATALINA. Víctima sois del amor,
que es la celeste ventura,
si el mundo no le tortura
convirtiéndole en dolor.
En él un Eden se encierra;
esperanza de la Gloria
ó della dulce memoria,
flor que se seca en la tierra.
Pero acaso sanareis.

Amor es mal que lo cura
la causa que lo procura;
ser feliz quizá podreis.

CAMOENS. Imposible..... ya murió.

CATALINA. ¿Y ella tambien os amaba?

CAMOENS. Cual yo á ella idolatraba;
con todo su sér me amó.

CATALINA. *(Con desesperacion.)*
¡Infeliz si la perdísteis!

CAMOENS. Pero esa voz ¡cielo santo!
dicha me causa y quebranto.
¿Sois un ángel que vinísteis
por un celeste favor,
á decirme que piadoso
se cansa el cielo amoroso
de mi funesto dolor?
De aquella edad tan dorada
que en mi amarguísima historia
atormenta mi memoria,
¿venís cual maga encantada?
Con esa voz tan querida,
¿vienes, piadosa, á anunciarme
la muerte y á consolarme?....
¡Yo te doy la bienvenida!

CATALINA. (¡Gran Dios! ¿Qué delirio siento?
¡Qué ficcion tan celestial!
De este infelice mortal,
¿qué encanto tiene el acento?)

CAMOENS. Vuestra voz ella tenía.

CATALINA. Interesante es la historia
de ese amor, que mi memoria
conmueve y el alma mia.

CAMOENS. Tan infeliz fué mi amor,
que á su lado desmerece
todo otro mal; palidece
á su lado hasta el dolor.
Amor que amargó la ausencia:
muerto creyóme mi amada.
(Movimiento de Catalina.)
Por su padre amenazada
fué al altar.

CATALINA. (¿Pero es demencia,
ó estoy mi historia escuchando?)
(Con ansiedad.)
Proseguid..... ¿No se casó?.....

CAMOENS. Mi recuerdo la salvó,
con mi sombra delirando.

CATALINA. *(Descubriéndose.)*
¡Camoens!....
CAMOENS. *(Con igual sorpresa y levantándose del lecho.)*
¡Dios de bondad!....
CATALINA. ¡Su sombra!....
(Dirigiéndose gradualmente hácia el proscenio.)
CAMOENS. *(Siguiéndola del mismo modo.)*
¡No, no es posible!
CATALINA. ¡Aparta, ilusion terrible.....
huye, sombra, por piedad!....
CAMOENS. ¡Catalina!.... No huyas, cruel,
¡hermosa alucinacion!
CATALINA. No me engañó el corazon.....
CAMOENS. ¿No es sueño?....
CATALINA. Vive..... y..... ¡es él!
(Cae desmayada en brazos de Camoens.)

CAM. ¡Catalina! mi amor..... soy yo, tu amante,
que en sus brazos te estrecha delirante.
Vuelve en tí, por piedad; oye, bien mio:
¡es dulce realidad, no desvarío!
Tras de tanto sufrir desnubla el ceño
nuestra suerte fatal..... ¡Vuelve á la vida
que con amor risueña nos convida!
¡Oh! deliquio tenaz, ¡cede á mi empeño!
(Alarmado al ver que no vuelve en sí.)
¿Pero es esto, Señor, premio ó castigo?
Mira á tu Camoens: está contigo.
Soy yo, tu amante, que su fé te jura.....
Mas no es sorda á mi voz; á su reclamo
recobra su sentir..... ¡oh! ¡qué ventura!
Mírame áun otra vez..... yo soy..... ¡te amo!
(Al ver que ella vuelve del todo.)
¡Es la voz del amor tan poderosa!
CAT. ¡Vive!..... ¡Gracias, Señor!.... ¡ya soy dichosa!
CAM. ¿Mas qué voz del Averno mentirosa
en engañarme así se complacia?
La nueva de tu muerte me mataba.
CAT. ¡Cansada de esperarte me moria!
CAM. ¡Oh mujer celestial!
CAT. Sí, te esperaba:
un eco de tu amor ¡ay! me alentaba
diciéndome que á verte volveria.
(Pausa breve.)
De pena sucumbió mi padre anciano:
y del marqués á la pasion huyendo,
busqué en el cláustro á la congoja mia
refugio contra aquél y el mundo insano.

Allí la causa de mi fuga oyendo
las madres comprendieron mi agonía.
La causa de mi afan vieron sincera,
y á poner ante mí santa barrera
piadosas me ayudaron. Cierto dia
una monja murió. ¡Cuán fácil era
al mundo hacer pensar que era la mia
la tumba que se alzaba lastimera!
El de Souza, Cabral y otros leales
vieron mi tumba y rezos funerales.

CAM. ¿Pero eres libre aún?

CAT. ¡Soy áun tu esposa!
El velo no ceñí; ví temerosa
siempre tu imágen ante el ara pia;
como en la boda, así me repetia:
« Tan sólo de tu amor eres esposa.»

CAM. Prosigue, sí; que al escuchar tu acento,
me estremezco de amor y de contento.

CAT. Si al ara fuí con el de Souza un dia,
mi padre me llevó; pero sin dolo
de mi fé ni mi amor. La fama sólo
me pudo allí arrastrar; que prometia
ser á mis ojos mi consorte, hermano.

CAM. ¿Quién pudo de tu fé dudar liviano?

CAT. Ansiosa de hacer bien, por tí y el cielo,
al extender la noche oscuro velo,
á aquellos que cual tú son desgraciados
buscaba para darles el consuelo;
¡vé cómo premia el cielo mis cuidados!

CAM. Dichosos áun seremos.

CAT. Mi riqueza
para el pobre guardé; tú en la pobreza
gemistes ¡ay de mí! ¿Quién más merece?

CAM. Sin duda ¡oh Santo Dios! probar querias
mi fé en la adversidad. Tras tantos dias
de yerta soledad y de amargura,
en un hora me das tanta ventura
que vale un infinito de agonías.
Sin duda me abismaste en un infierno,
porque tu mente celestial me quiso
disponer para darme un paraíso.
¡Y cuán bello es tu Eden! De su alto coro
es este ángel que por tuyo adoro.
Para gozar tu Eden en dulce calma,
necesito más ser..... ¡Dame otra alma!....
(Con expresion de agonía repentina.)
Mas ¡ay!.... el corazon..... muero..... ¡Hado impío!

¡Fué sarcasmo no mas..... tanta ventura!....
CAT. ¡Cielos, cielos, piedad! ¡Oh, qué tortura!
CAM. Al fin... muero... en tus brazos... ¡ángel... mio!
(Espira.)
CAT. ¡Camoens!... ¡Oh! ¡mi amor!... ¡Su cuerpo frio!..
Socorro... ¡Dios, piedad!... Socorro dadme.
Mi dicha con su muerte se derrumba.
¡Soñar con un Eden y hallar la tumba!
¡Socorro!... ¿Quién oirá? ¡Dios, amparadme!

ESCENA OCTAVA.

Dichos, CABRAL y SOUZA.

SOUZA. *(Dentro.)*
Sí, Cabral.....
CAT. *(Al oirle.)* (¡El marqués!)
SOUZA. *(Saliendo.)* Anhelo verle.
Infeliz como yo, los dos sufrimos
por ella, á quien amamos y perdimos.
CABRAL. ¡Oh! ¡Qué veo!
(Refiriéndose al cadáver de Camoens, y sin reconocer á Catalina.)
SOUZA. *(Idem.)* ¡Muerto! ¿Cómo?...
CAT. *(A ellos.)* ¡Perderle
sin amparo!... ¡Socorro, si es posible!
CABRAL. ¡Catalina! *(Con gran sorpresa.)*
SOUZA. *(Idem.)* ¡Qué miro!
CABRAL. *(Con suma angustia.)* ¡Pobre hermano!
(Corre á examinar el cadáver, lo que hace con rapidez.)
¡Yerto ya el corazon como su mano!
SOUZA. ¡Catalina!... ¡Qué es esto!...
CAT. ¡Sueño horrible!
Dejad..... todo consuelo me es odioso.
Sólo Dios, ¡sólo Dios! será mi esposo.
(Deja caer su frente, sollozando desesperada, sobre el cadáver de Camoens. Cabral, de rodillas del otro lado del cadáver, le contempla con dolor. Souza permanece á alguna distancia, cubierto el rostro, en actitud de abatida consternacion.)

Cae el telon.

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 10 de Enero de 1868.

El Censor de Teatros,

Narciso S. Serra.